

Capítulo I

Los españoles

Las primeras corrientes migratorias

Asturianos, Gallegos, Andaluces, Vascos

La colectividad española estuvo presente desde los inicios de la fundación de Comodoro Rivadavia, en 1901, con personajes referentes como Toribio Larrea o Belarmino Menéndez. Se constituyó como un grupo migratorio con continuidad en la sociedad local, aunque con presencia declinante, hasta mediados del siglo XX. Los últimos flujos significativos estuvieron asociados al impacto que en España generó la Guerra Civil Española y el contexto del franquismo y la Segunda Guerra Mundial.

Fue durante los primeros años del siglo XX cuando el grupo de extranjeros más numeroso de la sociedad comodorense se convirtió en el primero en organizarse institucionalmente a través de la Asociación Española de Socorros Mutuos (1910) del que derivaron luego los centros regionales (Centro Gallego en 1923, Asturiano en 1922, entre otros). Los españoles estuvieron presentes en casi todas las actividades económicas de la ciudad y la región con inserción en la ganadería, el comercio y los servicios urbanos, la actividad petrolera y la ferroviaria.

LOS ESPAÑOLES

Reseña histórica

Los Gallegos

Comodoro Rivadavia se conformó a partir de diversas corrientes migratorias y, como en el resto de la Patagonia, la población inicial desde el momento de su fundación fue mayoritariamente extranjera.

Aquellos hombres y mujeres buscaron canalizar su desarraigo impulsando la formación de entidades que los agruparan en sentido solidario y fraterno.

En este contexto, la convocatoria para la constitución del Centro Gallego se realizó en julio de 1923. Miembros de la colectividad gallega se reunieron en el Hotel “La Argentina”, donde resultó electo el primer presidente Don Francisco Lastres.

Quedó así constituido el 22 de Julio de 1923 el Centro Gallego de Socorros Mutuos, Cultural y Deportivo de Comodoro Rivadavia.

Los pilares fundacionales fueron:

- Difundir en este territorio nacional, por los medios que se consideren más eficaces, el conocimiento de Galicia.
- Honrar a los gallegos que en la región o fuera de ella, se hallan distinguido de una manera eminente en sus servicios.
- Ayudar a los gallegos recién llegados a los que se trataría de dirigir o buscarles amparo.
- Promover el bienestar de la colectividad gallega y “salir en defensa de su buen nombre, cuando fuere necesario”.
- Secundar eficazmente toda acción progresista que se inicie en bien de Galicia.

Desde sus orígenes, la colectividad se impuso un lema: “Protección, sociabilidad y cultura”.

Luego, en asamblea del 30 de agosto de 1923, fueron elegidas las autoridades que conformaron el Primer Consejo Directivo, presidido por Francisco Lastres.

En enero del año 1924 se logró una primera sede en la calle Mitre, previa solicitud al presidente del “Consejo Municipal”, y se celebró la primera asamblea extraordinaria.

A comienzos del año 1925 adquirieron un local de alquiler en la calle Italia 838; y en 1927 la institución compró su primer terreno en calle Rivadavia, donde un año después comienzan las obras para levantar la primera sede social que hasta hoy permanece en pie.

La inauguración de esa primera Sede Social fue el 25 de julio de 1928, y el mismo día, pero 45 años más tarde, se inauguró la segunda sede, en calle España 666.

LOS ESPAÑOLES / RESEÑA HISTORICA

Las romerías se celebraron anualmente desde el momento en que se conmemoró el primer aniversario de la fundación. El Xantar comenzó a realizarse a partir de 1941. Tanto en las romerías como en el Xantar, la Comisión de Damas del Centro Gallego ha ocupado un lugar relevante en la organización de las celebraciones hasta el presente.

En junio de 1932, las Damas del Centro Gallego decidieron cooperar con la construcción de la denominada “Casa del Niño”, un asilo, obra de las Sociedad de las Damas de Beneficencia; la que había sido creada en 1927.

Dentro del conjunto de Damas Gallegas mencionadas, se destacó especialmente Pilar Martínez de Moirón, cuyo protagonismo excedió las fronteras de la asociación voluntaria. Moirón fue una de las más activas integrantes de las comisiones directivas de las instituciones creadas ad hoc, para el apoyo a la República Española primero y las de los refugiados después, como de aquellas que se conformaron con criterios similares tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Estas instituciones surgieron dispersas por toda la geografía argentina y, en el caso de la conformada en Comodoro Rivadavia, se mantuvieron fuertes vínculos con las restantes entidades. Más específicamente, Pilar de Moirón se desempeñó como integrante de la comisión femenina de la filial local de la Agrupación Amigos de la República (ARE) conformada a fines de 1936. Años más tarde ocupó la presidencia interina de la Junta de la Victoria local.

El 24 de diciembre de 1933 se inauguró la Biblioteca “Concepción Arenal”, más tarde llamada “Rosalía de Castro”, llegando a superar hoy la cantidad de 3000 volúmenes y donde se conservan, entre otros, libros de fines del siglo XIX.

El 21 de agosto de 1938 se celebró una Asamblea para reformar sus estatutos, con la finalidad de estar encuadrados en lo que prescribía un decreto del Poder Ejecutivo Nacional sobre las Sociedades de Socorros Mutuos. Esta entidad pasó a denominarse “Centro Gallego de Socorros Mutuos de Comodoro Rivadavia”.

El 1 de junio de 1969 los socios reunidos en Asamblea avalaron la venta de la entonces sede social y la adquisición de lo que se convertirá en la actual sede de la institución. Finalmente el 7 de mayo de 1983 se inauguró la primera etapa. La institución cuenta hoy con un edificio de tres pisos con salón de fiestas, confitería, secretaría, biblioteca, salón de conferencias y microcine, salón de actividades culturales y juveniles y un museo dedicado a la historia de la inmigración gallega en Comodoro Rivadavia. La institución se mantiene vigente y conservando aquellas tradiciones de los primeros pobladores gallegos de la Patagonia Argentina ■

Los Vascos

Los vascos, al igual que el resto de los inmigrantes, llegaron a Comodoro Rivadavia sin conocer costumbres y formas de vida en su nuevo lugar de residencia.

Esta situación los motivó a agruparse para fomentar la ayuda mutua y combatir la nostalgia. Para encontrarse con sus compatriotas, se reunían en las primeras décadas del siglo XX en casas de familias vascas que habían llegado a esta ciudad.

Por aquellos años un lugar de comidas atendido por Antonia Garro -viuda de Jose Iparraquirre- era uno de los lugares elegidos para jugar al mus, encontrándose para alguna partida los hermanos Salaberry, E. Astigarraga, Juan María Otaño, los hermanos Irisarri, Nazario Iparraquirre, Juan Iparrea, José Sanz, Rufino Iñurrita, Marcos y Juan Bautista Alberdi, Domingo Urbieta, Orduña; entre otros.

Este sitio, que se quemó en el año 1925, estaba ubicado en la calle San Martín al 340. Luego eligieron la cancha de pelota a paleta localizada en la calle Belgrano al 800.

De estos encuentros surgió la necesidad de esta colectividad de pensar en un edificio propio. De este modo, un grupo de 33 vascos se reunieron en el Hotel “Vasconia” (San Martín esquina Pellegrini), el 20 de mayo de 1923, con el fin de crear una “sociedad de ayuda mutua” que permitiera preservar la identidad étnica y que ayudara a mitigar las añoranzas de los inmigrantes de origen vasco, que se habían afincado en la zona.

Esta entidad dio sus primeros pasos con el objetivo de brindar contención a las familias, facilitar la comunicación y crear lazos de solidaridad entre congéneres, salvaguardar la identidad propia, mantener la lengua, el folclore y preservar y cultivar las tradiciones euskeras.

De acuerdo al Acta Número 1 del 20 de mayo de 1923, el mismo día de la creación de la sociedad, también se decidió -por unanimidad- que el nombre que preservaría a la entidad a través del tiempo sería “Euskal Echea”, que en español significa “Casa Vasca”.

De esta manera, la asociación “Euskal Echea” se transformó en la cuarta colectividad fundada por inmigrantes en Comodoro Rivadavia, luego de la Asociación Española de Socorros Mutuos en 1910; la Asociación Italiana en 1919 y de la Asociación Portuguesa fundada en 1923.

Esta asociación aún no tenía el reconocimiento del gobierno vasco, y por lo tanto, no tenía la posibilidad de solicitar ayuda económica para su desarrollo.

LOS ESPAÑOLES / RESEÑA HISTORICA

Surgió la necesidad de establecer una cuota societaria para contribuir a su mantenimiento. El Acta Número 2, del 15 de agosto de 1923, dispuso el abono de una cuota mensual de \$ 2 para los asociados. Desde aquellas primeras reuniones en hoteles, confiterías, locales alquilados y lugares públicos, se llegó a la primer sede social ubicada en la calle 25 de Mayo.

Una vez cancelada la deuda del terreno al municipio de Comodoro Rivadavia, la comisión directiva de la Asociación decidió, mediante el Acta Número 48 del 11 de septiembre de 1932, solicitar una ayuda social a sus afiliados para comenzar a edificar. Dichos aportes serían devueltos “en la brevedad posible y sin ningún interés”.

Así fueron sucediéndose al primer presidente de la institución, Benito Irisarri, los nombres de Segundo Iurrita, Agustín Iburguren, Juan Iparrea, Juan Barrenechea, Calixto Moratinos, Francisco Oses, Juan Azpillaga, Francisco Pujana, Carlos Otamendi, Alejandro y Antonio Baztán. Junto a ellos, respaldando cada gestión, hubo una innumerable cantidad de socios y amigos que contribuyeron a mantener vivo el recuerdo y los símbolos de la identidad vasca.

La “Euskal Echea” ha sostenido en el tiempo la política institucional de integrarse a todas las actividades vascas en la Argentina.

En 1986 los vascos-comodorenses iniciaron una nueva etapa de crecimiento. Producto de la necesidad de expansión, decidieron vender el inmueble construido en la calle 25 de Mayo 815.

Con el dinero recaudado de la venta del inmueble y la colaboración de asociados y amigos comenzaron la construcción de la nueva casa vasca en la calle Alsina 466. La concreción de una cancha de pelota a paleta fue uno de los sueños más anhelados de los asociados. Este deporte es uno de los más antiguos del pueblo vasco y su práctica, en tierras tan lejanas, ayuda a mantener viva esa llama de los orígenes.

El mes de diciembre de 1988, fue coronado con la inauguración del nuevo edificio que se denominó “Gure Ametsa” que significa “nuestro sueño”. En el mes de mayo de 1989, bajo los pliegues de las banderas argentina e “Ikurriña” (bandera Vasca), la Comisión Directiva se reunió por primera vez en la renovada institución.

La semilla sembrada por los fundadores vascos ha dado sus frutos. Hoy, gracias a la continuidad de quienes los sucedieron, la ayuda brindada por el gobierno Vasco y la hospitalidad que la ciudad de Comodoro Rivadavia ha sabido brindar a la inmigración, el crecimiento de la Asociación no se detiene.

La colectividad vasca de Comodoro Rivadavia lleva hasta estos días su danza y valores a

otras ciudades de la región, con representación en los encuentros anuales del resto de las colectividades, actos patrióticos, festivales y encuentros artísticos, además de confraternizar su cultura con estas tierras.

Los años pasan pero los objetivos trazados por aquellos primeros inmigrantes se siguen cumpliendo. El Centro Vasco ha sido siempre un lugar de acogida, ayuda y contención, pilares que aún mantiene vivos en la actualidad ■

Los Asturianos

El primer Centro Asturiano se fundó en Comodoro Rivadavia el 15 de septiembre de 1922. En aquella primera Asamblea Constitutiva se designó una Comisión Directiva, cuyo presidente fue Don José Álvarez. Pero la vida de esta entidad fue breve, ya que la última constancia de actividad de estos pioneros data del 29 de abril de 1926.

En ese lapso de cuatro años fueron presidentes José Álvarez, Benigno Riera, José Álvarez y Cristencio Aller. En la última Comisión Directiva figura como pro-secretario Rufino Riera, grupo que también integraba José Álvarez Lorenzo, quien se desempeñó durante varios años como director de LU4 Radio Patagonia Argentina.

Veintisiete años después de la desaparición del primer Centro, desde un grupo de inmigrantes asturianos afincados en Comodoro, resurgió la idea de agruparse nuevamente, iniciativa que contó con el decidido apoyo en los antiguos residentes. De este modo, en septiembre de 1953 se constituyó una Comisión Organizadora que preparó la Asamblea constitutiva del 18 de octubre del mismo año.

De este modo quedó definitivamente constituido el Centro Asturiano y se avanzó con la elección de la primera Comisión Directiva. La Asamblea se celebró en un reservado del Bar de la Asociación Española, lugar donde habitualmente se reunía la Comisión Directiva, hasta que Riera cedió un local de su casa donde se estableció la secretaría. Finalmente se construyó la actual sede social.

El 31 de octubre de 1953 celebró la Comisión Directiva su primer reunión en la que se sortearon los plazos de duración en los cargos. Se designó entonces como presidente a Rufino Riera. En noviembre de 1953 se solicitó un terreno a la Asociación Española, la que lo concede y se instala la primer bolera, en el lugar que hoy ocupa el Sanatorio Social.

LOS ESPAÑOLES / RESEÑA HISTORICA

El 7 de febrero de 1954 se realizó la primera fiesta multitudinaria en los galpones de Angel Giobbi en Barrio Industrial, presidida por el entonces Gobernador Militar, Coronel Dell'Oro.

El 1 de mayo llegó una delegación de Puerto Deseado presidida por Don Florentino Pérez y se lleva a cabo el primer encuentro bolístico.

A finales del año 1954 se solicitó al Centro Asturiano de Buenos Aires la gestión de personería jurídica, cuya obtención fue confirmada el 2 de junio de 1956.

El 26 de Febrero de 1956 se celebró una Asamblea General Extraordinaria, en la que se acuerda comprar los terrenos que actualmente ocupan las instalaciones sociales.

Desde ese momento, la institución inició una etapa plena de realizaciones. El 9 de Mayo de 1963, por resolución que lleva el número 22/ 63, la Municipalidad local dispuso el nombre de Asturias a la calle donde está emplazada la sede social, firmando esta resolución el entonces intendente Antonio Morán, descendiente de asturianos.

El 16 de junio de ese año se inauguran las nuevas instalaciones. El 27 de octubre de 1994 la entidad recibió el reconocimiento de "Asturiania" por parte de las autoridades del Gobierno del Principado de Asturias.

Los subsidios recibidos del Gobierno del Principado de Asturias permitieron entre 2008 y 2010 concretar tres obras soñadas por esta colectividad: la construcción del salón de ensayos para el Grupo de Baile de la Institución, la secretaría, una sala de reuniones amplia y luminosa con biblioteca, y una sala-confitería ■

Los Andaluces

Durante las décadas del 1920 y 1950, hubo una gran cantidad de inmigrantes que llegaron a las tierras patagónicas, producto de la post-guerra (Primera Guerra mundial, Guerra Civil Española y la Segunda Guerra mundial).

En un colectivo muy numeroso de andaluces, arribaron principalmente a la ciudad de Comodoro Rivadavia para vincularse con la actividad petrolera.

En la década del 50, con la gran emigración de españoles de distintas regiones de España, se comenzaron a formar las Asociaciones propias de cada región. A fines de la década del 80, con el advenimiento de la democracia en España, y la creación de las autonomías, se vio en

la necesidad de contar en la Patagonia y específicamente en Comodoro Rivadavia, con una Asociación que le diera dinamismo, protagonismo y sirviera como sostén, a toda aquella corriente emigratoria que estaba en la zona.

El día 16 de octubre de 1987 se fundó en Comodoro Rivadavia, la Casa de Andalucía con Personería Jurídica.

Cuenta con un Patrimonio propio, Conjunto de Baile, Comisión de Cultura, Comisión de Jóvenes y Voluntariado de Atención a Personas Mayores.

Presentó y concretó distintos proyectos educativos, culturales y sociales. El mayor logro fue la provisión de Medicamentos y atención sanitaria a los andaluces mayores de Argentina después de la crisis del 2001. En la actualidad se encuentra desarrollando el Centro Comunitario- Hogar de Día que cuenta con el auspicio del Gobierno del Chubut y de la Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía.

Un edificio que nace como proyecto por allá en el 2003, que llevo varias etapas de inversión para la puesta en funcionamiento del mismo, encontrándose presentes referentes de ambos gobiernos para la inauguración de las distintas etapas, por el estado en que se encontraba el edificio.

La Casa de Andalucía fue una de las fundadoras de la Federación de Comunidades Extranjeras y forma con 21 Instituciones más la Federación de Asociaciones Andaluzas de la República Argentina, con quienes desarrolla anualmente todos los actos socio-culturales inherentes a dicha Federación ■

LOS ESPAÑOLES

Personalidades

Asturianos, Gallegos, Andaluces, Vascos.

Hacedor

Antonio Lago Alonso es un jugador de toda la cancha. La alegoría futbolera viene a cuento aunque allá en Galicia en realidad se luciera en el arco. Pero esa tarde estaba en Comodoro y el que defendía los tres palos de los gallegos era Pepe, su hermano. Él merodeaba en el área contraria, la de la escuadra andaluza. Inmigrantes de ambos bandos, descendientes y simpatizantes, afuera de la cancha seguían con gran nerviosismo el partido. Y de pronto ese centro cayó del cielo a su frente y él definió como los que saben: abajo, con un pique antes de la línea la cambió de palo. El arquero no pudo más que verla entrar cuando volvía de su mal paso. La euforia se desató en la cancha y los lamentos. La alegría y la angustia. 1 a 0 se ponía el seleccionado de Galicia encima del Andaluz. Cinco a cero terminaría aquel partido memorable.

Antonio dedicó ese primero gol y muchos años de su vida a su comunidad de inmigrantes, a su descendencia y a la ciudad que les da cobijo. Proyectó y construyó con las manos en el cemento. Preparó las mezclas. Pegó ladrillos. Hizo jugadas memorables como gestor y vino a casarse, el obrero gallego, con la nieta del telegrafista que informó a Buenos Aires el descubrimiento del petróleo en Comodoro Rivadavia. Del 77 al 90, constructor y transportista, ocupó la presidencia y otros cargos directivos en el Centro Gallego de Comodoro Rivadavia.

Nació en Galicia. Se crió en el barrio de Miraflores, pueblo de Sárdoma, ayuntamiento de Vigo, entre 6 hermanos varones. Argimiro, José y Martín los mayores. Antonio, que nació el 6 de julio de 1931; y Fito y Luis, los menores. Su padre era operario de tranvía. Su madre ama de casa. Con cinco hermanos la probabilidad de batirse en un picadito se multiplican en cualquier barrio, en cualquier pueblo o aldea de este esférico planeta. Su pasatiempo era el fútbol y Antonio no era el gordito, pero era el que iba al arco. “Allá era jugar al fútbol y trabajar nomás”, hasta que el 19 de febrero

Perfil

■ Antonio Lago Alonso nació el 6 de julio de 1931 en el pueblo de Sárdoma, Vigo, Galicia. Llegó a Comodoro Rivadavia el 9 de febrero de 1952. De albañil se convirtió en constructor y de chofer en empresario transportista. Está casado con Ana Rodríguez, que le dio tres hijos. Carlos Antonio en 1957, Elena en 1961 y María Esther en 1964. Ya es bisabuelo. Entre otros cargos directivos fue presidente del Centro Gallego de Comodoro Rivadavia ■

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

de 1952 embarcó a la Argentina, y aunque la mismísima Eva Duarte de Perón lo esperara de este lado del Atlántico, Antonio se pasó una semana detenido en Buenos Aires hasta que lo liberaron y pudo retomar su viaje a Comodoro y volver al trabajo, y trabajar, más y más, jugar al fútbol, construir una familia y dejar su nombre inscripto en la historia de esta ciudad generosa y cosmopolita.

Gallego

■ Antonio no vivió su infancia en una casa de economía holgada. Allá en España, los Lago Alonso producían en su finca lo necesario para la supervivencia. Pero entonces el gobierno retenía el 40% de las producciones agrícolas y cobraba impuestos por la venta del remanente. Eran tiempos de Franco. Él tenía 16 años cuando empezó a trabajar. Antes era el encargado de algunos mandados, como el de llevar el almuerzo a los hermanos que estaban afuera, trabajando para la familia. “Era difícil la situación. Vino la guerra civil y después la guerra mundial. Había que comer. Todo racionado estaba. Te daban un felipe para todo el día. Un cuarto de litro de aceite para 15 días, un cuarto de azúcar, un cuarto de harina”. España proveía de comida a los países beligerantes, “en especial a Alemania”, según recuerda Antonio, a quien todavía le parece escuchar los aviones que pasaban “y tapaban la luz del cielo”. Imágenes grandes de la guerra vista con ojos de niño.

Detrás de las puertas de su infancia el mundo se debatía a sangre y fuego y en el seno de su familia Antonio se hizo fortachón y laburante. A los 18 ya era oficial albañil. Desde la Argentina de Perón, donde estaban los tíos, alentaron primero la llegada de los hermanos mayores, Argimiro y José. El llegó “con 20 años”, sin haber hecho la colimba. Desertando, o sea, y por eso ya no pudo volver a España, “ni a pasear, hasta que cumplí los 50. Si volvía antes tenía que hacer el servicio militar”.

Después de ver partir a tres de sus hijos a América murió la madre y tiempo después la familia perdió el rastro de otro de los hijos, que había salido para trabajar a Valencia, en ese dique donde colapsó un tanque enorme. Al hermano se lo llevó la montaña de agua y él, cuando volvió a España, ya con 50 años, fue en busca de su rastro, pero le respondió ese perturbador eco mudo con el que hablan los embalses.

En el volumen dedicado a España, la colección “El mundo en color” de Ediciones Castilla corrobora en 1953 que la emigración fue mucho tiempo el sino del pueblo gallego. Tantos



poetas cantaron su Galicia, “sus pinos susurrantes, sus riachuelos, sus verdes maizales, su aire ligero que huele a mar y a hierba. Cantos nostálgicos, cantos de emigrantes —han inventado una palabra, morriña, para expresar el lacerante y voluptuoso recuerdo de la patria lejana—, porque Galicia es pobre y tan cargada de criaturas que no puede alimentarlas; cuando tiene diez años, el pequeño campesino deja su aldea; en su morral lleva un trozo de pan de borona por todo bagaje, un par de zuecos nuevos y la bendición de su madre. Ágil y vigoroso, extraordinariamente sobrio, trabajador y económico, el gallego va a establecerse en las provincias más ricas, no se enfurruña jamás ante un trabajo por pesado o grosero que sea. En Castilla, ayuda a segar. En América trabaja en los muelles, en las plantaciones. En las grandes ciudades, Madrid o Lisboa, ha sido lacayo o vendedor de agua, hoy es criado, maletero, estibador, instala un figón, una taberna o una carbonería. Se lo tiene por necio y él se ríe de ello, sólo está pendiente de amasar una fortunita y volver a su país para realzar la casa paterna o, si es verdaderamente rico, hacer reconstruir el campanario del pueblo o levantar una magnífica casa junto al mar”.

Antonio en realidad volvió para golpear las puertas de la Xunta, para que Galicia reconociera a sus hijos migrantes que a 14 mil kilómetros de casa ayudaron a construir una ciudad

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

de pujante soberbia. Él mismo había salido de su país buscando trabajar y vivir con dignidad. Así lo cuenta. El puerto de Vigo vuelve a nublarse en su mirada. Casi sesenta años después de haber embarcado, Antonio está sentado al otro lado de este enorme mesón, en el salón de reuniones del Centro Gallego, en la calle España de la ciudad que fue su destino.

Changa

■ “Defendido de todos los vientos, cerrado a las malas corrientes por las islas Cies, la bahía de Vigo es el más seguro refugio de todo el litoral español. Sus aguas azules, límpidas y lisas como la seda cubren arcas repletas de oro traído de América por la flota española que hundió la escuadra inglesa en octubre de 1722. (...) Los pescadores de sardinas, los desacargadores del muelle, los marinos, han permanecido fieles a su antiguo barrio, junto a la cala de San Francisco, que ha guardado su pintoresquismo, sus calles enlosadas, sus ristras de cebollas colgadas en las ventanas, sus ierseys y sus redes secándose al sol, sus balaustradas escaladas por geranios trepadores. (...) Vigo ha construido muelles, escolleras, almacenes y activas fábricas de conservas”.

Antonio conocía a Eva Perón. La vio en persona. La primera dama cumplía una visita protocolar en España. Con todos los honores Franco la esperaba en su tierra natal. Antonio, descamisado, estaba trabajando en la refacción de un asilo de monjas, cerca del puerto de Vigo. La “abanderada de los humildes” asistiría a la inauguración de una de aquellas plantas, pero antes pasó por el asilo de monjas en refacción. Cuando vieron avanzar a la nutrida comitiva oficial, Antonio y el resto de los obreros detuvieron su labor. “Yo le di la mano y le dije que iba a venir para América. ‘Entonces nos vemos allá’”, le dijo Evita. Pero haber simpatizado a la primera dama no fue suficiente.

Antonio llegó al puerto de Buenos Aires y lo detuvieron. Se pasó una semana sin poder salir del hotel de migraciones. Llegó “flojo de papeles”. El sabía que se estaba escapando del servicio militar pero no sabía que a Argentina no podía entrar sin que alguien lo hubiera invitado expresamente, asumiendo su tutoría, la responsabilidad de su supervivencia y de sus actos. “La carta de llamada”, le decían.

Los primos, hijos de José Alonso, y también otro tío, lo esperaban en el puerto desconociendo la misma exigencia. Lo identificaron en el barco y empezaron a los gritos. Antonio bajó presuroso, se abrazó con todos, comentó el viaje y después de pasar por la oficina lo despacha-

La vida se trama a fuerza de decisiones y Antonio eligió venir. Acá fue albañil y empresario constructor, chofer y empresario transportista, jugador e hincha de fútbol, presidió el Centro Gallego y también, digno de su ánimo emprendedor, presidió la comisión pro monumento para la plaza España, a la que integraron referentes de cada centro de inmigrantes españoles de la ciudad.

ron al hotel de migraciones, donde él dice que quedó “detenido”. “Faltaba un papel que tenían que llevar ellos para retirarme. Yo entré acá con certificado médico, y todo bien, todo controlado. Me controlaron a mí y a mis padres por si estábamos apestados o algo. Eso era lo que exigía el Estado Argentino. Si yo hubiera tenido algún problema de la vista o alguna otra cosa no podía venir. Tenía que estar completamente apto para trabajar”. Y para eso había venido. Trabajar era su única expectativa.

Pero la aventura migratoria de Antonio hubiera podido fracasar mucho antes. “Si el barco salía de Vigo y después paraba en otro lugar de España a mí no me dejan salir. Porque yo estaba ‘en quintas’. No podía salir de España después de los 20 años sin haber hecho antes la conscripción, la milicia. A mí me tocó la marina. Los soldados en la marina no van todos juntos un año, van en reemplazos. Unos pocos a primero de año otros a fin de año. Yo trabajando me encontré en la casa donde había un contraalmirante y él me dijo que hiciera todos los trámites y me embarcara. ‘Si para en Canarias, La Coruña, Barcelona o en otro lado, no tenés que bajar’. Si me agarraban no me iban a dejar salir del país”, recuerda.

Lo de Antonio, entonces, fue una especie de fuga. Una media fuga. Y tuvo suerte. El barco rodeó España y se detuvo recién en Portugal. Nunca había sentido tanto alivio como cuando respiró el aire perfumado de Lisboa.

“Y cuando crucé el Ecuador me bautizaron”. Los que viajaban en primera lo hubieran hecho en la piscina de su nivel. En tercera, a Antonio, sus compañeros de camarote, que eran 5, lo tiraron a una especie de pequeña pileta improvisada con una lona. El barco también paró en Montevideo y finalmente llegó al puerto de Buenos Aires, desde donde Antonio partió tras cinco días de detención a la inhóspita Patagonia. Llegó a Comodoro “con lo puesto nomás”, y tenía en el bolsillo apenas lo suficiente para comprar estampillas. Una parte la había gastado con la carta que mandó a casa desde Brasil, cuando volvió a tocar tierra firme después de casi un mes de bambolearse a ras del Atlántico.

Desastre

■ Antonio desanda su historia con acento matizado. La huella de la lengua gallega

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

reverbera en el idioma adoptivo con sus típicos ceceos. Allá en Galicia dicen que esa lengua “ha resistido a la castellana, como los señores feudales, atrincherados tras de sus montañas y sus torrentes resistieron a sus soberanos de Castilla. Ha conservado la pureza y la dulzura de la primitiva lengua de la provincia, que dio origen al portugués. Gallego y portugués han permanecido tan próximos que los exquisitos poemas gallegos de Rosalía de Castro o Eduardo Pondal figuran en las antologías de poesía lusitana”. Y también Camoes, el gran poeta portugués escribió en gallego, como lo hizo Federico García Lorca.

Antonio llegó a Comodoro el 9 de febrero de 1952 y el 10 empezó el trámite para tener su cédula provincial. Otro paisano, el hijo del comisario Cores le hizo la foto carnet y enseguida lo asoció al Centro Gallego. Su cédula fue la número 1503.

El muro medianero de la estación de trenes lo levantó a poco de llegar y también trabajó en Petroquímica, en la planta industrial del 8, pero duró poco: después de un accidente con gas en el sótano, fatal y múltiple, salió espantado y no volvió ni para cobrar la quincena. Después estuvo a cargo de todas las terminaciones del ex Mercado Comunitario, donde ahora se urden las normas urbanas. También trabajó en la construcción del portentoso nuevo edificio del colegio Perito Moreno, haciendo terminaciones y colocación de azulejos.

Su primer morada fue en la casa de su primo, Sergio Herrería, en Dorrego y Chacabuco. Detrás de las ventanas veía aquel Comodoro gris, ocre e inhóspito. La ciudad le parecía sencillamente “un desastre”. “De Buenos Aires hasta acá no vi más árboles que en Trelew, en el 5 y la bajada del 3. En Comodoro no había un solo árbol. Era un desastre. Era llorar todo el día. Y no había agua. Caminábamos no sé cuántas cuadras con baldes. Me agarraron días de viento y viento y viento. Después viento y lluvia. Bajabas por las Rawson y no podías avanzar más allá de Francia porque era puro barro. No se podía pasar. Había que ir a la Rivadavia y dar toda la vuelta. Comodoro era un desastre”. Al otro lado del océano había quedado la familia y la novia. Una morriña espesa lo atacaba en los atardeceres, cuando el sol se sumergía por el lado contrario coloreando de rojo los cañadones.

Vivezas

■ En el Mercado Comunitario Antonio vio “por primera vez cómo se robaba en Comodoro. Las paredes de las cámaras llevaban corcho y yo vi como se robaban las planchas, de noche, en una furgoneta del ferrocarril”. Ese fino trabajo, de revoque y terminación, le dejó conocer



otra de las múltiples caras de Comodoro, que son las del trabajo y la avivada, el oportunismo y la pujanza, el abuso, el crecimiento, el delirio. “La primera quincena cobré 400 pesos. Y la segunda ya cobré 900. Yo trabajaba bien. No hacía falta que nadie me dijera nada. De ahí, con otro peón vasco, empezamos a hacer changas. Hicimos muchas veredas, por calle Ameghino, y en calle San Martín, desde 25 de mayo, porque solo había veredas frente al Español. Ni cordón había. Terminábamos el trabajo para un cliente y aparecía otro. Los materiales los descargábamos ahí nomás: un viaje de piedra, un viaje de arena, y la cal, que se hacía con conchillas en la Playa Alsina”. Por entonces de hormigoneras ni hablar.

Antonio ganaba bien y mandaba todo lo que podía a Europa, a su gente. Pero eso estaba regulado. No podían girarse más de 250 pesos por mes. Entonces Antonio pedía la colaboración de algún conocido y hacía sus envíos en nombre de terceros. Estaba en Argentina. La viveza criolla se le había empezado a contagiar.

La nieta

■ Laborioso y confiable, el gallego empezó a hacerse conocido en el medio y a conseguir múltiples contratos con distintos constructores. “Siempre arreglábamos de palabra, tanta planta, tanto tiempo y nunca había problemas”. Antonio fue creciendo, ampliando su cartera de clientes, contratando peones. Construyó importantes edificios, casas y locales en el centro de la ciudad, en La Loma y en Saavedra al 400 hizo su casa. Alsina era el límite de Comodoro en aquellos años.

Antonio era el patrón, el primero en llegar y el último en irse de cada obra. A las 6 estaba ya preparando materiales y herramientas, para que los peones a su cargo llegaran a las 8 y no tuvieran más que ponerse manos a la obra. Cuando la conoció todavía estaba trabajando en el Mercado. Ana pasaba frente a la obra todos los días camino a la escuela. Era muy joven. Estudiaba en el tres todavía, en el Perito Moreno. El era un gallego “bien puesto” y ella le gustaba.

Corría el año 53 cuando visitó a su hermano en el pasaje San Pedro, que ya no es pasaje, y descubrió que esa linda jovencita vivía en la casa de al lado. Un día se encontraron y en adelante, cada vez que pasaba rumbo a la escuela, ella le devolvía el saludo. “Yo era un gallego bien pintado”, recuerda. Tenía 22 años. Ella 16. Entonces la empresa de Venezuela llegó a Comodoro, buscando trabajadores especializados para construir grandes hornos de panadería.

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

Antonio tuvo que elegir: emigrar otra vez o quedarse. Como las que impulsan los viajes, las que los detienen por lo general son razones de peso. Y una mujer enamorada por lo general es una buena razón. Ellos ya salían. Iban a bailes. Más de una mañana Antonio llegó a la obra en ayunas de sueño.

Después de noviar un tiempo Ana y Antonio juntaron el valor y el gallego se presentó en la casita de los padres a pedir la mano de la novia. Le dijeron que no. Sin chances. Había dejado pendiente la respuesta a los venezolanos y le dijeron que no. El abuelo de ella era Mariano Rodríguez, el primer telegrafista de Comodoro, el que mandó el famoso telegrama de Fuch a Buenos Aires informando el descubrimiento. Los Rodríguez vivieron junto a la familia Perón en la Pampa, donde tenían su campo, en zona labrada por sudafricanos. Ana es prima de Eugenio Rodríguez, que fue intendente de Camarones, como lo es ahora su esposa. La chica estaba enamorada y él también, pero tenían la política en contra. Nadie en la familia de la novia quería que la joven se casara, tan chica, con un extranjero, obrero de la construcción. No importaba cuán laborioso fuera ni cuán bien puesto o pintado. Querían que estudiara y se hiciera un destino. Pero Antonio era un laburante y hasta que no tuvo el sí, no paró.

Prefirió a Ana sobre Venezuela y siguió trabajando hasta formar con ella una familia. En 1957 nació Carlos Antonio y en 1961 nació Elena. Antonio dice que el nacimiento fue el mismo día que se estrelló un avión, el primero con destino al aeropuerto de Comodoro Rivadavia, llevándose también a un grupo de paisanos a la otra vida, amigos de este Centro. Murió un primo de Antonio en ese accidente. Fue un día de frío intenso, de nieve y lluvia sobre la ciudad del viento. Antonio se enteró de todo en el Sanatorio y su felicidad quedó herida por la tragedia. En 1964 nació María Esther, la última hija de Ana y Antonio.

Los viejos

■ Bajo su boina, tomado de su bastón, Antonio todavía evoca a ese inmigrante activo y trabajador, capaz de preparar mezclas enormes de arena y cemento a pala nomás, después de pasar toda una noche en vela gastando las suelas de sus zapatos, bailando y cantando a oídos de una mujer su amor sincero.

Habla de amor Antonio cuando recuerda sus batallas en el Centro Gallego. Porque por amor también se puede dar guerra. “Cuando vendimos el anterior edificio los viejos no querían. Había que ir casa por casa a convencer a los Gallegos para vender. Uno por uno. Nadie

Nació en Galicia. Se crió en el barrio de Miraflores, pueblo de Sárdoma, ayuntamiento de Vigo, entre 6 hermanos varones. Argimiro, José y Martín los mayores. Antonio, que nació el 6 de julio de 1931; y Fito y Luis, los menores. Su padre era operario de tranvía. Su madre ama de casa.

quería”. Ahí en la Rivadavia, donde reparan máquinas de coser. Eso era el Centro. El nombre sigue ahí grabado. Todavía está a la vista, al 470. “Ellos decían que si vendíamos perdíamos todo”. No confiaban que ese gallego joven y obstinado tuviera el temple suficiente para levantar otro edificio. Antonio era integrante de la comisión directiva. No recuerda qué cargo ocupaba entonces, pero sí sabemos que en el local anterior también había metido mano. Complicando el asunto en reuniones y tertulias, el local no tenía baño y “las viejas no tenían donde hacer”. Antonio construyó el baño que después hizo vender con todo y local. Con esa plata compraron el nuevo terreno y Antonio fue uno de los que trabajó desde la base en el nuevo Centro. Hay decenas de fotos que testimonian su laboriosidad a prueba de todo. Lo recaudado alcanzaría también para construir la estructura del nuevo edificio, pero la Argentina suele ser un país imprevisible.

Los fondos se licuaron por efecto de una de tantas crisis recurrentes; mientras el terreno estaba embargado un vecino de la nueva locación iniciaba juicio contra el Centro Gallego; Antonio vendió el galpón que tenían en el barrio industrial, donde se hacían algunas fiestas y agasajos, y con lo recaudado compró una cubierta parabólico para la nueva casa, pero el fabricante de Bahía Blanca se fundió en el camino y dejó a los gallegos sin techo. Aquellos viejos lamentaban la pérdida pero se relamían de su victoria sobre ese impertinente Lago Alonso. Y tanta mala onda, es sabido, termina cuajando sus desgracias. Las viejas por eso hablan del mal de ojo y otras pestes. Hay que tener ojo con lo que se desea.

Antonio debió hacer hasta 10 viajes de lucha y negociación a Bahía Blanca, y pasaron entre 2 y 3 años, pero el techo al fin estuvo en Comodoro Rivadavia y se montó sobre el enorme salón del nuevo edificio. Aquel juicio con el vecino lo terminaron ganando y el dinero dilapidado en el Rodrigazo volvió a juntarse entre socios que lo prestaban y a la corta o a la larga lo donaban.

Fue difícil el proceso de construcción de la sede que hoy enorgullece a los gallegos de Comodoro. Antonio puso mucho para que se materializara. Viajes en camión. 800 bolsas de cemento para pisos y lozas. Colocación de cerámicos. Trámites. Terminaciones. Desembolsos. Tiempo, trabajo y recursos.

También se hizo hinchita de Huracán y puso lo suyo al servicio del club. Gestionó los caños en Pan American y donó las tribunas para la cancha primitiva de La Paloma. Transportes Pontevedra hizo el traslado a la nueva residencia. La empresa que hoy dirige una de las

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

hijas, en colaboración con Ana y Mariana, una de sus nietas, fue bautizada por la esposa en honor a la noble provincia. Antonio no se olvida de esa otra avivada. Porque las varillas de bombeo terminaron como patrimonio de un alto mando de Huracán. Por suerte él se había negado a llevar toda la estructura al terreno particular del criollo.

La vida empresarial de Antonio marchaba entonces sobre nuevos carriles. En un viaje a Buenos Aires había conocido a otros gallegos, empresarios del transporte, que lo entusiasmaron con la compra de un camión. Su suegro estaba en el rubro y fue quien desembolsó el préstamo y quien sentó a Antonio en el volante. Así el yerno cambió de rubro casi sin pensarlo: de la construcción a la ruta. Del sentar bases a andar los caminos. Fue en el 55. O antes. “Porque en el 55 yo ya tiraba petróleo en Chulengos. Fue antes del 55 porque las torres de Cañadón Seco todas las llevé yo. Llevaba dos torres por viaje y tiraba una y una, a cada lado del pozo. Trabajábamos con cargas para YPF día por medio. Yo trabajaba para mi suegro y mi suegro trabajaba para otros. Era contratista. Ahí me fui a Chulengo. A tirar petróleo. El petróleo tiraba de tanque a tanque y en otra parada, lo tiraba en una pileta, abajo, en el suelo. De ahí había un motor que tiraba el petróleo a otro tanque elevado y de ahí iba el petróleo al ferrocarril, a los vagones. Sacábamos 100 metros cúbicos de petróleo por día. Era de las 4 de la mañana hasta las 12 de la noche”. Hacia el 60 se extenderían oleoductos, pero hasta entonces el transporte del viscoso elemento se hacía casi íntegramente en camiones. Antonio “tiró” mucho del petróleo de aquel yacimiento que entonces tenía bajo control de YPF un intenso ritmo de perforación exploratoria.

Después de montar el techo parabólico, Antonio y otros laboriosos paisanos encararon la construcción del cielo raso en el salón con material reciclado. Hay fotos de Antonio elevado sobre el andamio, encastrando esas planchas de telgopor con las que se embalaban los televisores. Las habían gestionado en la fábrica que Kenia tenía en Comodoro.

De regreso

■ Cuando cumplió los 50 Antonio al fin pudo volver a Galicia. No perdió tiempo. En su viaje constató que allá sabían de la existencia de gallegos en Argentina por el Centro de Buenos Aires, pero de acá no habían tenido noticias. En las paredes de la casa-museo de Rosalía de Castro, la más celebrada poeta de los gallegos y su sino de migrantes, se exhibían placas de los centros de todo el mundo. El de Comodoro brillaba por su ausencia. Antonio se prometió

iniciar ese vínculo que hasta hoy fructifica en experiencias de intercambios, contribuciones y visitas ilustres. Ya tenía 50 y se había liberado del cargo de desertor. En una ruta lo inspeccionó la guardia civil pero el susto no pasó a mayores. Era gallego y estaba en casa. Llegaba a declarar la existencia de Comodoro y a detallar la historia de una organización activa y pujante. Tenía una copia de los balances entre sus papeles. Fue y vino entre reparticiones y finalmente el Centro Gallego de Comodoro Rivadavia fue reconocido y quedó inscripto.

Antonio abrió los canales de contacto entre el Centro y el viejo mundo y en sus viajes posteriores se ocupó de que la relación fluyera como correspondía. Una vez, cuando estaba cumpliendo uno de tantos trámites, un funcionario gallego le pidió que señalara a Comodoro en el mapamundi. Había 14 mil kilómetros de por medio, pero a Antonio le interesaba que al centro llegaran con periodicidad los diarios y también reclamó un fax cuando apenas aparecía el aparato en el mercado: quería que los paisanos estuvieran bien informados y mantener una comunicación sostenida para hablar el mismo idioma. Y “también les pedí el piso”. Si al piso lo pagaba Galicia, estar en el Centro sería como estar en tierra de uno. Tramitó ese aporte y gestionó en persona beneficios ante el presidente de Aerolíneas Argentinas. Así llegaron, primero una pantalla de cine y “210 kilogramos de libros”. Después llegaron diapositivas y un proyector, más libros, profesores, artistas, capacitadores, funcionarios.

Desde Comodoro también se proyectaron múltiples viajes. Antonio recuerda el que planificaron para un contingente de 14 chicos a Galicia, “pasando por encima de Buenos Aires. Representando no a la Argentina. Representando a Chubut”. Fue impecable la imagen que esos descendientes de gallegos dejaron en tierra de padres y abuelos. Y es imborrable la experiencia que ellos mismos cosecharon. “Después mandamos nueve y volvió a salir todo bien. De Buenos Aires preguntaban qué pasaba con Comodoro”. El tránsito era más intenso desde la ciudad del viento que desde la Capital Federal, que es donde atiende Dios y donde se aglutina la comunidad más populosa de inmigrantes gallegos. “Pero era por el contacto que yo tenía con los de la Xunta”, y esa competencia contra el soberbio centro porteño a Antonio le gustaba, lo estimulaba. Enarbolada la bandera de Patagonia y gestionaba sin descanso. “Después mandamos dos viejos, de la tercera edad, y mandamos 3 chicos universitarios que dejaron al Centro Gallego allá arriba. Había universitarios de 105 centros gallegos del mundo y los nuestros eran de los mejores. Tenían un promedio de 8,60”.

Diplomáticos de Galicia y delegados locales hoy conversan por celular con gente de Comodoro y esta la huella de Antonio detrás de esa familiaridad a prueba de océanos.

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

Nuevo Centro

■ “Cuando nosotros queríamos vender los viejos nos dijeron que íbamos a perder todo, que no íbamos a hacer nada. Decían: ¡por cuatro gallegos de mierda que quedamos! ¡Y nos vamos a quedar sin nada! Yo decía ‘no: cuatro gallegos que van a vivir bien. Que van a tener su salón. Pero a mi me quedó acá’. La sangre en el ojo. “Uno de los viejos me decía ‘No, no te metas en eso’. ‘¿Cómo que no?’, decía yo. ‘Cómo qué no. Si nos lo merecemos. Otro me decía que íbamos a perderlo todo. El viejo Cavaleiro, mierda, cuando trajimos las chapas del techo se trajo una caja de champán y meta tirar botellas contra las chapas. ¡Ja! Por lo menos techo vamos a tener”.

A veces la alegría se siente como mil burbujas en el corazón, sobre todo cuando se celebra el fruto de tanto esfuerzo. Porque la obra del Centro sí que exigió a Antonio y sus gallegos aliados. Fueron muchos los frentes abiertos en torno a una obra de lo más resistida. Antonio tuvo que seguir los trámites en persona y la obra desde adentro. Fueron tiempos de compulsas internas, discusiones, lobby y peleas entre gallegos. El nuevo edificio emergió entre las cenizas de esos fuegos. Si a la esperanza siempre acompañara tamaña voluntad serían más los sueños realizados. “Y yo. ¡Mierda! Abandoné el trabajo, la empresa. Todo. Yo estaba acá adentro desde las 6 de la mañana hasta la noche. Como yo sabía el trabajo de albañil le fui dando. Tenía 2 o 3 gallegos que me ayudaban en el día, a la tarde otros y así”, hasta que la nueva sede del Centro quedó inaugurada el 17 de mayo de 1983, justo el día de las letras gallegas, sobre una estructura de hormigón diseñada para soportar hasta 8 pisos de altura.

Ajadas por el cemento, las manos de Antonio siempre estuvieron prestas para labrar los vínculos de este Centro con la madre tierra. El recuerda con gran simpatía la visita de aquel gallego socialista que llegó a rastrear la historia de los primeros paisanos que se arriesgaron por estos desiertos. Él mismo en su vehículo particular los condujo en sus averiguaciones, entre la Patagonia Argentina y también la chilena. Antonio sabe que aquellos “pioneros” bajaron de Cuba a Chile y dieron el salto. “Y no eran gallegos, eran cuatreros. Robaban y se iban a la mierda”. Otro paisano analizado por aquellos visitantes fue el obrero anarquista Antonio Soto Canalejo, participante protagónico de las rebeliones de la década del 20 en la Patagonia austral, fugado de los fusilamientos de Varela. Fue constructivo aquel raid historiográfico y tanto más divertidos los paseos en que Antonio y otros gallegos acompañaban a los ilustres visitantes por la agitada noche comodorense.

Antonio no vivió su infancia en una casa de economía holgada. Allá en España, los Lago Alonso producían en su finca lo necesario para la supervivencia. Pero entonces el gobierno retenía el 40% de las producciones agrícolas y cobraba impuestos por la venta del remanente. Eran tiempos de Franco.

Gol

■ Acá salió del arco pero allá en Galicia por lo general atajaba. Y era muy bueno. Sus hermanos y todos en el barrio lo sabían, pateara quien pateara. Hasta llegó a probarse en el Club de sus amores, el Celta de Vigo, y tuvo una actuación notable, pero ya tenía decidido viajar a América y no espero a que lo convocaran. ¿Qué hubiera sido de Antonio si se quedaba, en Galicia, bajo los tres palos? Nadie lo sabe.

Lo que sí está en claro es que el primer gol de un equipo oficial del Centro Gallego de Comodoro Rivadavia lo convirtió Antonio Lago Alonso en la cancha de Jorge Newbery, contra el representativo de Andalucía. “Y lo metí de cabeza -recuerda Antonio, y se relame—. Cinco a cero le ganamos”. La llama de la competencia se reanima en su interior. Cómo disfrutaban aquellos encuentros deportivos los españoles en pugna. El Campeonato de la Hispanidad se jugaba con dientes apretados y Antonio dejaba todo en la cancha.

“Después en ese campeonato nos hicieron trampa y nos sacaron. Teníamos que jugar un día y el otro equipo no se presentó. En lugar de darnos los puntos se arregló otra fecha y nosotros no fuimos y nos sacaron los puntos”. Una injusticia. “Y nos robaron la copa”. Porque el hermano de Antonio, Pepe, que era el arquero, terminó invicto. Ni un gol sufrió el equipo en todo el certamen. ¿Qué mejor evidencia de la injusticia acontecida? Cosas del fútbol y sus pasiones. “Afuera éramos todos amigos. Buenos compañeros. Pero adentro de la cancha sí había bronca”. La rivalidad entre las comunidades de España se debatía esférico de por medio adentro de la cancha y en las tribunas el público amenizaba los encuentros compartiendo el dulce fruto de la vid. En un partido en el cinco, en cancha de Ferro, se armó una batalla campal entre las mujeres de las tribunas. Las botas corrían como hoy las cajas de tetra y no había quien parara la euforia desatada.

Más allá del detalle de que el Centro Gallego se consagró campeón en ambas, Lago Alonso recuerda que las dos primeras ediciones del campeonato fueron puras y sanas, sin contar los excesos y las agarradas de los pelos de las chicas en los tablonos. Porque, según dice, en el comienzo estaba claro el carácter amateur del certamen. Pero la competencia con frecuencia es mala consejera. Ya en la segunda edición, la exacerbada rivalidad regional y la sed de victoria provocaron la infiltración de jugadores de primera en los equipos. Apareció la trampa, el ventajismo y finalmente el Campeonato de la Hispanidad quedó en la historia, con sólo tres

LOS GALLEGOS / ANTONIO LAGO ALONSO

ediciones disputadas. Demasiados competitivos los españoles, campeones del mundo, para batirse amistosamente a la pelota. Antonio baraja de esos recuerdos y la conversación se llena de risas y comentarios subidos de tono.

De vuelta

■ La vida se trama a fuerza de decisiones y Antonio eligió venir. Acá fue albañil y empresario constructor, chofer y empresario transportista, jugador e hinchas de fútbol, presidió el Centro Gallego y también, digno de su ánimo emprendedor, presidió la comisión pro monumento para la plaza España, a la que integraron referentes de cada centro de inmigrantes españoles de la ciudad. 24 mil kilos de piedra trajo desde Camarones a la plaza, con un semi de Pontevedra. Un camión volcador de Polino González trajo 8000 en el mismo viaje. A la hora de descargar todos los colaboradores estaban borrados. Otra vez Antonio puso el hombro y solventó el trabajo de sus propios empleados.

Fueron tiempos de madrugar cada mañana para coordinar el trabajo de los pocos voluntarios y los obreros municipales. Antonio dice que, excepto uno, que salió de los andaluces, todos los juegos que se pusieron en la plaza fueron fabricados con material y trabajo de los gallegos. La carga fue más repartida a la hora de forestar la plaza, aunque la decepción apareciera a la mañana siguiente, cuando de los 40 rosales implantados sólo quedaras los huecos. “Así es este Comodoro”, se queja Antonio, que ya es abuelo y bisabuelo.

La plaza se inauguró el 12 de octubre de 1988. El Centro Gallego gestionó la presentación de Xeito Novo y un desfile de cabezudos para la celebración inaugural. Pontevedra solventó la presentación de un ballet de gallegos venidos especialmente, y también pagó pasajes aéreos de parte de los músicos. Antonio recuerda las fotos de la inauguración y mejor ríe para no llorar. Siempre son tantos los que ponen la cara. Mucho menos son los que ponen el cuerpo. Pero esos son los indispensables. Algo así dicen los famosos versos de Brecht. Esta historia hace honor a uno de ellos. Jugador de toda la cancha. Un hacedor. Un laburante. Gallego de pura cepa, que si naciera de vuelta, “haría todo de vuelta. Por el centro sí. Por los gallegos sí”.

“Y estoy muy agradecido –dice al final– porque cuando cumplí 80 años me dejaron festejarlo en el salón y no me cobraron nada. Bueno, en realidad ni pregunté si me lo iban a cobrar” ■

Pako

Nació en Vizcaia, una de las tres provincias vascongadas, en Durango, un pueblo al sur de Bilbao y Gernika. Se llama Francisco Pujana Asenjo. Le dicen don Paco, le decían Paquito. Procede de Euskadi, el País Vasco, o Euskal Herria, la tierra baska, de este lado de los pirineos, en el norte cantábrico español. Nació precisamente el 26 de abril de 1928.

El 16 de diciembre de 1952 llegó al puerto de Buenos Aires y tres días más tarde a Comodoro Rivadavia, donde fue presidente de la Asociación Euskal Echea en dos oportunidades en la década del 70. También fue el primer vicecónsul español de origen vasco, función que desempeñó a partir de 1978, durante 20 años.

Su novia, Avelina Olarte, desde Euskadi vino a su encuentro convertida en su esposa. Se casaron por poderes el 30 de diciembre de 1953, ella en la ciudad de Vitoria-Gasteiz, actual capital del País Vasco, él en Comodoro Rivadavia. Acá tuvieron tres hijos. Al primero bautizaron en honor al santo patrono de su pueblo: San Ignacio de Loyola. Después llegaron Alfredo y María del Carmen. Los varones les dieron 5 nietos.

Franco

■ “Ya no pienso mucho en eso. Estoy viviendo en Argentina. Tengo hijos y nietos argentinos. Pero volviendo al recuerdo, seguramente que todos los inmigrantes que vinieron fue a causa de buscar mejores situaciones, ya sea económicas, o por la libertad. Los españoles hemos tenido la dictadura de Franco 40 años, y es una barbaridad, es toda una vida. Yo tenía 11 años cuando entré, y vine cuando tenía 23 años. Dejé a la novia allá y me casé por poder. Mi novia se casó con mi padre”.

Fue su padre quien lo representó en la ceremonia más precisamente. Eso quiere decir Don Paco. En el living de su casa cuelga una foto en blanco y negro de ese día. Toda la familia reunida en torno a la novia y su suegro-novio. Eran catorce hermanos en la familia de su esposa y muchos había

Perfil

■ Francisco Pujana Asenjo nació el 26 de abril de 1928 en Durango. El 19 de diciembre de 1952 llegó a ésta ciudad. Se casó por poderes el 30 de diciembre de 1953. Con Avelina Olarte tuvieron 3 hijos. Los dos varones les dieron 5 nietos. Paco desarrolló un intenso trabajo de promoción de la cultura vasca en Comodoro Rivadavia ■

LOS VASCOS / FRANCISCO PUJANA ASENJO

en esa foto de gestos felices. Esperanzados.

“Entonces la gente tenía más hijos, porque les ayudaban en el campo. Después vino Franco, hizo la guerra, y fue un desastre”. Los nazis aliados al nuevo dictador bombardearon Gernika contra la resistencia de los vascos, que es su pueblo, y son radicales en el amor a su tierra y su libertad. Picasso inmortalizó el repudio de la humanidad sobre aquella matanza. En los primeros tiempos de Franco vivieron los Pujana la degradación del desempleo, impuesta como castigo sobre el jefe de la familia. Lo acusaban de “rojo” por ser vasco, nacionalista y ser de cuna contrario a cualquier tipo de tirano. El dictador hacía comer de su mano a los españoles de Euskadi. Paco hacía la cola para buscar el alimento de su familia en una olla. La imagen recuerda las postales de los 90 en la Argentina expropiada por algunos de los capitales más rapaces del mundo.

Industrial

■ Paco vivió hasta los 3 o 4 años en Durango, al sureste de Gernika. Después la familia se mudó a un pueblo de pescadores, a orillas del cantábrico, por el trabajo de su padre, que era chofer de colectivos. Toda la familia se había afincado en Bergara.

Enclavada en el valle del Deva, la ciudad vivía de la metalurgia, una industria pujante como en Comodoro Rivadavia la metalmecánica. “Y finalmente, en Eibar fui a la escuela de artes y oficios, de donde tengo yo el título de maestro industrial. Yo tuve la suerte de que mi padre procuró que fuera un poco más que él. En aquel entonces, desde los 8, 10 años, los chicos íbamos a los talleres, de piches ¿viste? Mi padre dijo ‘no, vos vas a ir a la escuela’. Hice la primaria, la secundaria, y después me mandó a Eibar a la Escuela de Armería. Iba y venía en el día”. Para llegar tenía que levantarse a las 4 de la mañana cada día de clases.

Eibar era otro importante centro industrial del País Vasco. Su tío trabajaba en una fundición de metal en el mismo pueblo. Era moldeador. Paco lo visitaba a la hora del almuerzo y comía entre los obreros, arrimando su ollita al fuego. “Comíamos lo que se podía. No estábamos para excesos. Estábamos muy mal. Se pasaba hambre. Franco ni nos dejaba hablar vasco”.

Él sólo recuerda algunas pocas palabras y expresiones del Euskera. Su voz, que es calma y ronca, conserva claros matices del español impuesto, que en 60 años se fue argentinizando. Entre frases cada tanto se le cuela un “viste”, “¿viste?”. Es un tipo sereno, pero el recuerdo de



Franco lo exaspera.

“Yo salí maestro industrial de la Escuela de Eibar, luego podría haber seguido estudiando para ingeniero, pero no me alcanzó. Éramos 5 hermanos nosotros”. Y él es el mayor. Le lleva 7 años al segundo. Por último nacieron bien seguido las tres mujeres. Cuando ocurre esta entrevista todos están con vida, pero sólo él de este lado del Atlántico. Los otros cuatro en Euskadi.

“Yo fui él único que vino a América –dice Pujana–, para mandarles plata y que allá vivieran como ricos”. Y no habla del todo en broma. “Acá el que llegaba era para hacerse la América. En aquel entonces Perón estaba en el poder y nos permitían a los extranjeros mandar tres años seguidos 300 pesos por mes. Y eso era mucho, porque el peso estaba muy valorizado. Quién sabe si no era uno a tres. Y haciendo uso de esa ventaja que nos daba a los inmigrantes, por tres años les mandé esa platita y a mis padres les venía bien, para levantar a los hijos”.

Paco salió de Bilbao y al cabo de 21 días llegó el 16 de diciembre de 1952 al puerto de Buenos Aires, donde lo recibió un amigo del primo. Ya había conocido otras grandes ciudades. Pamplona, Zaragoza, Barcelona. Pero ahora estaba en tierra extraña, no tenía un duro y la

LOS VASCOS / FRANCISCO PUJANA ASENJO

gran capital se le presentó, además de insensible y voraz, embarrada y caótica después de un violento chaparrón. Tres días después ya estaba en Comodoro Rivadavia. Cree que llegó en avión. Su primo lo “conectó con la empresa Petroquímica y enseguida entré. Ahí estuve trabajando como mecánico en los tornos y los molinos que se usan para moler las piedras y hacer el cemento. Estaba muy bien colocado en España. Como segundo jefe de empresa, hombre, más que un tornero, imaginaté. Pero con 23 años, el primo vino, me dijo todo eso, y tú sabes, te agrandas así. Todos en esa misma circunstancia hubieran hecho lo mismo”.

De la primera impresión que le causó la ciudad no guarda memoria. No le importaba realmente dónde. Esto era América. “No es que yo fuera especial. Es que uno vino a trabajar. Sobaba un mango y lo mandaba a España. Allá andaban mal. Este Franco puto nos jodió toda la vida. ¿Sabés lo que es 40 años en el poder? Y conforme que no murió en la guerra ninguno de mis parientes. Las dictaduras son horribles y éste estuvo 40 años y amparado por la Iglesia. En las monedas ponía ‘Francisco Franco caudillo de España por la gracia de Dios’. ¡¿Qué gracia de Dios?! Mis hijos están bautizados, pero yo de eso no me olvido”.

Alpargatas

■ A los vascos los criollos deben su más típico calzado. Acá les hacen la suela de yute, allá en sus tiempos eran de cañamo. A los vascos los criollos deben el más típico calzado. Paco les sacaba bigotes a sus alpargatas, bailando y enseñando a bailar, a los descendientes de los vascos de Comodoro. Aunque no tuviera la destreza ni el conocimiento suficientes. Sólo “el entusiasmo de las cosas nuestras”.

Ahora está ofreciendo algunas respuestas aclaratorias, y empieza a tamborilear con los dedos sobre la mesa del living de su casa, donde vive con su esposa, rodeado de talleres, en pleno barrio industrial de Comodoro Rivadavia. Él también debe tener la música en la sangre. Se dice que todos ellos la tienen. Se dice que son tozudos y rudos, y que a toda su cultura impregna su gusto por la fuerza. Pero también es sabido que los vascos aman la música y la danza.

Camisa y pantalones blancos, boina y pañuelo rojos. Más el aspa verde reflejando la tierra, los colores de la ikurriña, la bandera vasca que originalmente fue emblema de Bizcaia, se reproducen en el vestuario típico de sus bailarines.

Aunque los recreativos son mixtos, de los bailes rituales participan sólo hombres. Bailan

“Ya no pienso mucho en eso. Estoy viviendo en Argentina. Tengo hijos y nietos argentinos. Pero volviendo al recuerdo, seguramente que todos los inmigrantes fue a causa de buscar mejores situaciones que vinieron, ya sea económicas, o por la libertad. Los españoles hemos tenido la dictadura de Franco 40 años, y es una barbaridad, es toda una vida. Yo tenía 11 años cuando entré, y vine cuando tenía 23 años. Dejé a la novia allá y me casé por poder. Mi novia se casó con mi padre”.

con palos a la llegada de la primavera. Para despertarla, llaman a la tierra. “La misma explicación se da a las danzas suletinas en las que hay que saltar. Se dice que se salta para que la cosecha sea abundante”. Son danzas relacionadas con la fertilidad, con la regeneración de la tierra. Así lo explica el libro de los 80 años de la Asociación Euskal Echea. Paco fue uno de los protagonistas de esa historia, el iniciador, junto a su esposa, Avelina Olarte, del “conjunto de baile” San Miguel de Aralar. Ella había llegado de Europa con su maquina de coser. “Yo enseñaba lo poco que sabía de baile y ella cosía los trajes” contó Paco para la entrevista que se reproduce en aquel libro, donde también dicen que en su propio camioncito andaba Pujana las calles polvorientas de Comodoro, trayendo y llevando a los bailarines, de sus casas a cualquier galpón donde se pudiera enseñar, aprender y bailar.

Okupa

■ En su primer año y medio en Comodoro, Paco vivió en los “galpones de solteros del 8”, en una pieza compartida con otros muchachos de Petroquímica. Ahora vuelven a su memoria las gracias e infortunios de los compañeros de entonces, muchos otros inmigrantes, la mayoría chilenos y portugueses, historias de desobediencia, alcohol y mujeres. Recuerda que le echaba “insecticida a los calzoncillos: porque si no me comían vivo las pulgas”. Ponía latitas con agua en las patas de la cama para que no subieran las chinches. Las veía bajar de los cielorrasos cuando anochecía. Y recuerda otra noche, que no veía nada: se había quemado los ojos soldando y anduvo cada vez más ciego hasta que llegó arrastrándose al hospital militar. Recuerdos rescatados de aquellos tiempos, de puro descubrimiento del ambiente, la cultura, la gente. Y un nombre que se le escapa y lo busca sin suerte. El del compañero que apadrinó en su boda. Era topógrafo. “Hablaban un portugués cerradísimo. Pero acabábamos entendiéndonos”.

A fines del 53 cambió de estado civil y a mediados del 54 cambió de trabajo. Entró como socio a una tornería y pudo traer a Avelina, convertida en su esposa por vía postal. Alquilaban en Chacabuco al 1026. Ahí nacieron los dos varones, “a partir del 55”.

LOS VASCOS / FRANCISCO PUJANA ASENJO

“En el intervalo, mi primo, que había comprado el garaje Belgrano, me invitó a trabajar ahí. Se hacía lavado y engrase. Era muy concurrido. Los personajes que hemos tenido son muy populares pero ya no me acuerdo los nombres”. Lo importante es que ahí Paco trabó relación con un taxista que le contó de un pariente que tenía un taller cerrado en Ameghino 916. Y de nuevo: “me calentó y me despedí de mi primo”. De a poco fue levantando ese tallerito “de morondanga” y se especializó en carrocerías para camiones. Hacía el trabajo completo. Herrería, cerrajería, carpintería. Carrocerías La Rural le puso al taller. Compraba en Paraguay la madera de Lapacho para los largueros. Sólo tuvo otro competidor en el rubro, con un taller a cuadras del suyo.

“La siguiente operación fue venirme para acá”, dice. Acá es esta casa refugiada en el corazón de un lote del barrio industrial. “Y te cuento: estuve haciendo de okupa. Yo ocupé un pedazo de lo que era Siracusa. Tenía un galpón que armaba y desarmaba rápidamente y me puse al lado. Siracusa vio que le cortaba yo el paso y ahí fue donde el intendente Morán me dio otro lugar, acá en el barrio industrial siempre, no a mucha distancia de donde estaba yo. Entonces me fui ahí donde está Jordán Cruz ahora. Pero Jordán Cruz también quería agrandar. Entonces yo fui y le dije: ‘le hago un acuerdo’. Esto no estaba liso. Acá no había nadie. Un montón de tierra había. Entonces le digo ‘me aplana ahí, y yo me voy, me llevo las cosas y le dejo el terreno’. Así quedamos. Solicité la propiedad de esto y me la dieron. Y acá edificué lo poco que tengo”.

En realidad a ésta casa la empezó a construir el dueño del Gran Hotel. Paco le hizo las carpinterías de la obra de remodelación y el empresario hotelero le construyó su primera morada: un salón de 8 por 9. El Gran Hotel ya no existe pero estuvo enfrente de lo que era el Hotel Colón, en plena San Martín, ahí donde funcionan ahora una joyería y un autoservicio de fármacos. La de Paco es una casa rodeada de bases operativas y talleres en el barrio industrial. Ahí nació María del Carmen. Y también la casa, a la que llegaron a habitar sin ninguno de los servicios, siguió creciendo con el tiempo. Ahora tienen un inquilino en el departamento de arriba y otro en el galpón de enfrente.

Rural

■ La metalurgia, la carpintería, la agricultura, la danza, la diplomacia. Persona de espíritu amplio don Paco Pujana que en todo eso anduvo durante estos primeros ochenta y cuatro



años de su vida. Es un lote de más o menos 35 por 50 el que habita hoy con su esposa en el barrio Industrial de Comodoro Rivadavia. Ahí mismo fue que desarrolló en familia sus experiencias agropecuarias. El criadero de chanchos duró hasta que se lo prohibieron, y se mudó a los pollos. Llegaron a tener, según dice Paco, hasta 14 mil animales. Pollería Avelina le pusieron al criadero y lo que producían se lo vendían a Santa Mónica. El matadero funcionaba donde ahora está la base de Halliburton.

Paco comenta que sobre todo son nombres los que se le vuelan del paisaje y entonces ofrece material respaldatorio. Bibliografía, reproducciones de otras entrevistas y fotocopias del libro de los 80 años. “¿Cuáles son las características de un vasco?”, le preguntaron entonces y él respondió que un vasco “es un hombre de palabra”.

-Aparte, ¿no es muy cabeza dura?

-Sí. Yo creo que sí.

-¿Sus hijos qué hacen?

-El mayor es geólogo. Está de profesor en la Universidad, en Estados Unidos. Su señora enseña castellano en la misma universidad. Allá hay muchos latinos. Tienen dos hijos argentinos. El otro es ingeniero y está acá, y tiene una hija y dos hijos. Y mi hija no terminó sus estudios de química, pero es una alta empleada de una inmobiliaria en España.

Después de 22 años de estar en Comodoro Paco pudo volver al pago. Quería volver a ver con vida a los padres y tuvo esa suerte. Después hizo otros dos viajes con Avelina. Uno lo continuaron en Estados Unidos, donde fueron a visitar al primogénito. El último, hace 2 o 3 años de esta entrevista, Paco lo hizo para participar de la boda de su ahijada, que para obligarlo, lo amenazó con pagarle el viaje.

Vendavales

■ En la colección “El mundo en color” de Ediciones Castilla (Madrid, 1953), en el volumen dedicado a España, bajo el título de “Vascongadas” dice: “Ascoita fabrica alpargatas, Tolosa hace boinas. Mondragón sobresale en cerrajería y Eibar templea y damasquina el arma blanca casi tan bien como Toledo”. Paco desarrolló su formación industrial en una vieja Escuela de Armería de Eibar. Aprendió a usar el calibre, el torno y la fresadora; aprendió a hacer soldaduras y todo tipo de trabajos con el metal. No tiene problema en describir sobre un papel, lápiz en mano, la mecánica de la fresadora para dar una idea cabal al oyente de la importancia de

LOS VASCOS / FRANCISCO PUJANA ASENJO

esa máquina en la industria.

Después de interrumpir un año su carrera para cumplir con el servicio militar en Vitoria, donde la conoció a Avelina, Paco tenía 19 cuando se convirtió en maestro industrial y pasó “colocado” a una empresa que producía troqueles. De ahí pasó a otra como segundo jefe de planta, con 150 hombres a cargo, “40 tornos, 12 o 15 fresadoras. Teníamos fundición y fragua con martinete. ¿Sabes que hacíamos? Palieres para los camiones y los coches”. Hace gestos elásticos don Paco cuando cuenta que las planchas de metal se estiran en la fragua, y explica que el acero, según su nivel de templado, es un elemento más o menos maleable, siempre que se apliquen, las fuerzas y herramientas convenientes. Tamborilea con sus dedos mientras habla, siguiendo el pulso de la conversación, le da una puntuación musical a su relato. “También hacíamos toda la tornillería, los pernos para los vehículos. Para eso se usan los tornos revólver, que vienen preparados con 3 o 4 cuchillas, se usa una y sale la otra. Lo único que cuesta es poner la máquina a punto”.

Es un tipo de la industria Don Paco. De las máquinas y las herramientas. “Me hice en eso, ¿qué quieres? Pero después vine a América”. Dejó su tierra de pronto, su puesto en la industria, un noviazgo de dos años, los amigos de una vida y la familia. ¿Cómo alguien decide tal cosa? “Pues tuve la visita de un primo de mi padre, que me vio trabajando ahí de segundo jefe en la empresa y me dijo ‘si fueras a América ganarías más que un ingeniero...’. Yo era un muchacho de 20 años y me calentó ¿viste? Pedí permiso en la empresa y me vine”.

Pero hubo una de aquellas relaciones que no iba a soportar la distancia. Paco estaba enamorado y Avelina también. Vino a América comprometido a traerla consigo apenas pudiera. Por intermedio de su padre, el había empezado a tener relación con su familia en Vitoria. “¿Cómo? Te lo voy a contar... Allí no hace tantos vendavales como acá, pero hubo una vez un vendaval muy grande y rompió las tejas de un montón de casas. En Bergara había una empresa que hacía ladrillos y tejas. Mi padre había sido mecánico y luego picabilletes en el tren. Ahí no tenía ningún cargo, pero fue el que hizo la combinación, porque en el pueblo de ella hacían falta tejas y en la tejería hacían falta papas. Entonces se hizo el negociado. Ellos les mandaban las tejas y éstos les mandaban las papas. Ahí empezó la relación”. Tejas van, papas vienen, la hija de una familia de Vitoria se vino a conocer con el hijo del picabilletes que negoció el intercambio. Y todo a causa de un vendaval. Como si la veleta del destino los hubiera juntado en dirección al viento ■

Pareja

En el departamento céntrico donde viven estos abuelos, en el pasillo del living a la cocina cuelgan dos cuadros, con el origen, la heráldica y la simbología de los apellidos Zapico y Saiz. Hay fotos familiares. Gente linda, parientes sonrientes. Y hay otro que luce el diploma de ella, de la Universidad de Oviedo, con firmas, sellos y estampillas coloridas. Ese cuadro es más de lo que muestra. Ese diploma era el pasaje a su carrera de medicina. Pero más que la vocación tiró la sangre.

Eusebio Saiz se llama su esposo y hace gestos tímidos cuando ella habla de su amor y de su encuentro. Ella es de Asturias, el de Cantabria. Se conocieron en Comodoro Rivadavia y se casaron en 1955. Eusebio, cariñosamente, la llama Sendi.

El rector de la Universidad, muy formal, la llamó: “Doña María Elisenda Zapico Fernández”. Y detalló que la doña es “natural de Mieres provincia de Oviedo”, que “nació el día cinco de enero de mil novecientos treinta y dos” y que tenía “acreditado en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Oviedo” que reunía “las circunstancias prescritas en la Ley de 20 de Septiembre de 1938 para obtener el Título de Bachiller Universitario habiendo verificado los ejercicios de Examen de Estado en esta Universidad en la convocatoria de Septiembre de 1951”. Según detalló aquel rector, la doña había obtenido “la calificación de aprobado” y así, en virtud de las facultades que le estaban conferidas fue que expidió ese “Título de Bachiller Universitario en Oviedo a veintinueve de abril de mil novecientos cincuenta y dos”.

El cuadrito pende en la casa de María y Eusebio, con las firmas ininteligibles del rector y el secretario general, y la de “el interesado”, que es María, pero firma sencillo: “MaZapico Fernández”.

Utopía

■ “En octubre de 1934, formándose una alianza obrera, varios millares de mineros saquearon la fábrica de armas de Mieres, se adueñaron de Oviedo, y durante nueve días, man-

Perfil

■ María Elisenda Zapico nació en Asturias el 5 de enero de 1932. Eusebio Saiz en Cantabria, el 14 de octubre de 1924. Se casaron en Comodoro Rivadavia en 1955. Tuvieron dos hijos. Fueron fundadores del Centro Asturiano. Eusebio lleva más de 50 años como directivo de la Asociación Española de Socorros Mutuos ■

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

tuvieron allí un régimen revolucionario”.

El hecho no quedó registrado en la memoria de Sendi. Tenía apenas 2 años, pero ahí había nacido: en Santa Rosa de Mieres, el pueblo asturiano de mineros donde vivió hasta los 11. Su papá trabajaba en una mina de carbón. Con él, la mamá y dos hermanos ella vivió su primera infancia en una finca retirada del pueblo, entre “cerezos y manzanos, árboles de avellanas, higueras”, recuerda.

Tenía esa finca “dos establos, uno para los caballos, otro para las vacas. Era muy linda, pero quedaba un poco separada del pueblo, entonces cuando terminó la Guerra nos fuimos a la casa de mi abuela materna, que ya había fallecido”, dice.

María tuvo 3 hermanos mayores, pero uno murió pequeño. María llegó al mundo 8 años después del más chico. En la casa de la abuela vivían con comodidad los Zapico y la familia de una tía materna.

María de pronto recuerda que perdió a su papá cuando tenía 10 años, pero enseguida busca en su infancia mejores sensaciones y cuenta, con una mano extendida, que la “tenían así: en palmitas”. Era una niña mimada, quiso decir, consentida, sin ocupaciones. La más chiquita. “Y la verdad que pasé una infancia muy linda. Sin obligaciones. Con mucho cariño. Me gustaba ir al pueblo y siempre me llevaban. Me gustaba quedarme hasta tarde y mi madre me llevaba el desayuno a la cama...”.

No había todavía tiendas, ni shoppings, ni sectores de indumentaria en los hipermercados. A ella le diseñaba cada uno de sus vestiditos una modista. En su voz vibra algo de timidez cuando dice “mira: me tenían muy consentida”. Habla pausado y su acento asturiano agrega dulzura a sus modos delicados.

“Pero lo que más recuerdo es todo el trabajo que hacía mi madre. Porque al año siguiente de morir mi padre, se le casó el hijo. Él venía y le ayudaba, y traía gente para cortar la hierba, para recoger la cosecha y esas cosas. Pero ella trabajaba mucho. Cultivaban papas, maíz, porotos... De todo tipo de verduras. De eso comíamos. Y cada año se guardaban las mejores semillas”.

A María vuelven los sabores que sólo el campo logra cuando se trabaja con las manos. “Cosechábamos la fruta y las castañas”. “Era todo muy rico” dice, y Eusebio, que tiene un vozarrón muy español, muy típico, aclara que, por entonces, “sólo vivíamos con lo que nos daba la tierra”. “Eso se perdió y es una pena, porque aparte de lo lindo que es ver crecer y cosechar el fruto de tu trabajo, también es otra forma de economía”.



Ahora frutas y verduras viajan en camiones. Los urbanitas las colectan de las góndolas de los supermercados. Pero entonces el dinero no era indispensable. Lo poco necesario se producía vendiendo un ternero en la ciudad, granos o animales de granja. Así hacía en Mieres la mamá de María. Había poco circulante en aquellos tiempos. Prevalcían los intercambios. “Parece una utopía ahora”, dice Eusebio.

Venir

■ El hermano de María se caso el mismo año de la mudanza a lo de la abuela. La hermana, 11 años mayor, ya tenía hogar y familia. María terminó la primaria y decidió mudarse con ellos a Caborana, Concejo de Aller, para vivir a menos de un kilómetro de Moreda y del instituto donde tenía que asistir cada mañana hasta las 12 y a partir de las 14 de nuevo cada tarde. En otro instituto, en Sama de Langreo, terminó el bachillerato. Siempre pasó junto a la madre, en Santa Rosa, los fines de semana. Ella le daba a María “todos los gustos. Mis hermanos ya estaban casados y mi madre podía. No es que estuviéramos en el Edén, pero me daba todos los gustos”, recuerda Zapico.

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

Cuando terminó la Guerra Civil María tenía apenas 7 años, pero todavía conserva algunas sensaciones de aquella tragedia. Cuenta que la casa de la abuela tenía techos altos y cuando en Oviedo caían las bombas de Franco, allá arriba temblaban las ventanas. “Los aviones pasaban y la gente se preguntaba: ¿estos serán de los nuestros?”. Esas bombas sobre la resistencia mataban gente en Oviedo. Ahí perdieron la vida tres hermanos de su madre. Esa España en llamas expulsó a millones fuera de sus fronteras. América prometía paz, libertad y trabajo.

Quedarse

■ En junio de 1951, María rindió el temido examen general al que llamaban la “reválida” para poder seguir sus estudios universitarios. Pero aunque rindió bien el escrito –cosa que sólo lograron dos de un curso de 19, 13 varones y 6 mujeres—, María falló en el oral. La revancha sería en septiembre.

Pero el 28 de agosto de 1951 su hermana y familia se embarcaron con destino a Comodoro Rivadavia. Desde acá los entusiasmaba un tío materno. María quedó en la disyuntiva. Su hermana Lucía había empezado a llamarla por carta. Le escribía diciendo que viniera a encontrarse con ellos, que las sobrinas la extrañaban. Tenían 5 y 8 años. Se habían criado con ella. Su hermano, que ya estaba en Venezuela, se comunicaba con frecuencia para decirle que estudiara, y que después se fuera con él, con la hermana, o a dónde fuera, pero que antes se recibiera. “Madre puede pagarlo –le decía—. Sigue estudiando María”.

Ella se sentía tironeada, indecisa. Sesenta años después confiesa, que lo que más quería, era quedarse, estudiar, iniciar en España su carrera profesional. Pero otra cosa decía su destino.

Sobrina lejana

■ El hermano de María se había casado en España. Cuando su mujer pudo viajar a Venezuela el hijo de ambos ya tenía 4 o 5 años. César Zapico se convirtió en un gran empresario del papel. El hijo se recibió de ingeniero y también encontró una novia, farmacéutica, y se caso y no tuvo uno sino cuatro niños: que a la vez crecieron y noviaron, y tres de ellos, “también están casados ya, y entonces ¡él ya tiene bisnietos!”.

El tiempo pasó. La historia familiar se hizo larga y complicado el recuento. Creció la

distancia, pasó el tiempo y las comunicaciones se desarrollaron a niveles de ficción.

Ahora suena el teléfono de María, que atiende y sonríe. Al otro lado saluda una de las bisnietas de su hermano en Venezuela. ¿Qué será precisamente ella de esa chica? ¿Tía bis abuela? ¿Bis tía abuela? Lo cierto es que tiene 16 años y llama para preguntar, con su ritmo caribeño, cómo anda la “Tía María” de Argentina, y como anda Eusebio, la salud, la ciudad y el clima. “Tía, te voy a ir a ver”, le dijo. “Y me hizo mucha ilusión –dice María—. Ella está haciendo también el bachiller y le queda un añito para terminarlo. ‘El año que viene te prometo que te voy a ir a ver, aunque sea yo sola’. Porque el año pasado ella cumplió quince años y el padre la llevó a España y ahora ella está animada: ‘ahora yo voy a ir a veros a vosotros’. Y yo le digo: ‘pues apúrate hija, pues somos como tus bisabuelos ¿no?’ Y ella dice: ‘¡pero qué voz más joven que tienes tía!’”. “Sí, la voz te parecerá, pero...”. Ay Dios. Esperemos... Esperemos encontrarnos...”

En el segundo encuentro de esta entrevista, María y Eusebio tienen novedades: un sobrino de María y su esposa pasarían de visita en marzo. “A mi hermano –recuenta—no lo he visto desde que se fue a Venezuela... hace unos... 62, 63 años”.

Decisión

■ Con dos hermanos en el nuevo continente, María en la secundaria también había empezado sus trámites de migración. En septiembre rindió bien el oral pendiente pero desde la gestoría le anunciaron que su permiso expiraba a la brevedad. Entonces pensó en el hermano y la Universidad y sus recomendaciones. Pero también pensó en sus sobrinas, su hermana y el cuñado, y recordó su entusiasmo y pensó en los misterios de América. “Que había que salir de allá –escuchaba decir a la familia—. Que acá se estaría mejor”. María no tenía de este país más información que esa promesa.

Al final, exactamente el mismo día que Lucía, pero un año más tarde, María y su madre se embarcaron en Bilbao rumbo a la Argentina. Allí dejaron la casa y la finca alquiladas, con

“En uno de los viajes que hice a España le dije a un primo mío: ‘voy a ir a sacar una partida de nacimiento de mi padre, literal. Eso significa que te la tienen que dar tal cual como está inscripta. Pedí la de mi padre y la de mi madre, para saber bien los orígenes, los nombres de los abuelos, de dónde eran, y todo eso. Entonces me encontré con una sorpresa: que en el margen de la de mi padre habían puesto: ‘condenado a cadena perpetua por haber participado en reuniones clandestinas contra el régimen’”.
(Eusebio Saiz)

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

un administrador a cargo de cobrar la renta y hacer los envíos de dinero. 8500 pesetas les salió cada uno de los pasajes. “Era mucha plata por entonces”, dice María, que también se acuerda de la burocracia de la migración y de algunas de las tantas exigencias impuestas por el Estado anfitrión: “tenías que tener buena vista, no tener glaucoma, no dedicarte a la mendicidad... ¿¡Pues uno que ande pidiendo cómo va a juntar 8.500 pesetas!?”.

“Y había que tener certificado de buena conducta -completa Eusebio—. No haber estado preso. No tener ninguna enfermedad. Y tener una carta de llamada de alguien que estuviera aquí, para que respondiese por ti hasta que uno tuviera trabajo”.

Llegar

■ El reinicio febril de la semana en la primavera fabril del peronismo. Lunes: día de estrépito en la capital porteña. María llegó el 14 de septiembre de 1952 al puerto de Buenos Aires. Junto a Belarmina se hospedaron en una pensión, frente a la casa de un amigo del cuñado, que fue a buscarlas al puerto y con su esposa, que también era asturiana, las acompañaron tres días más tarde a Constitución.

Son fechas que no se borran de su calendario. Hasta recuerda con exactitud algunos de los horarios. María sabe que el miércoles 16 de septiembre de 1952 salieron a San Antonio Oeste. Apenas vieron las maravillas del campo argentino, entre la noche y el amanecer, la riqueza de la pampa infinita, y en entrañas de ese tren llegaron a la lejana Patagonia. Desde San Antonio salieron el jueves a las 6 de la mañana en un colectivo ruidoso y polvoriento de Transportes Patagónicos, conducido por Leoncio Durandez. María viajaba “como un moro”: las rodillas flexionadas contra el pecho, los pies sobre el asiento. Después de 23 horas viendo crecer el desierto, bamboleándose en los caminos de ripio, el viernes 18 de septiembre de 1952, a las 4 y media de la tarde, llegaron a Comodoro Rivadavia.

Ella tenía 20 años. Traía puesto un traje con falda y chaqueta de lana, y un pullover que amaba, con rayitas negras y amarillas. Encima un tapado rosado. Con todo su cansancio a cuestras igual se veía hermosa.

Eusebio

■ “El que ceba bien el mate es mi marido. Y no se lo digo por halagarlo”. María suena

dulce mientras ceba mates amargos, con algo de timidez. Antes había traído una bandeja de chocolates para compartir. En uno y otro encuentro repitió el mismo gratificante ritual.

Ahora el que habla es Eusebio, que al fin pudo operarse hace algunos años los ojos y ya no usa esos anteojos tan gruesos con los que aparece en montones de las fotos que testimonian su extenso raid institucional. Según cuenta, las familias de su padre y su madre llevaban siglos en la misma provincia de Santander, y precisamente en Bustamante “teníamos las fincas, que eran de los abuelos, de parte de mi padre y de mi madre, donde se cultivaba y era una ayuda grande, y teníamos 2 o 3 vacas, que nos daban leche y hacíamos todos los derivados. Producíamos anualmente todo lo necesario para la vida en esas fincas”.

Pero él fue a nacer a Arija, provincia de Burgos, en Castilla, donde estaba la fábrica de vidrio donde trabajaba su padre, que era encargado del “departamento de corte fino”, o algo así. En ese pueblo conoció a la madre de Eusebio y ahí se casaron, alquilaron una casa y ahí nació el 14 de octubre de 1924.

Franco

■ Al poco tiempo de nacer su hermano la familia de Eusebio volvió al pueblo de las raíces, a Bustamante.

En julio de 1936 estalló la Guerra Civil española y la fábrica se convirtió en una trampa para el padre, que era un “militante activo” del Partido Socialista, “dirigente de la Unión General de Trabajadores”. Lo buscarían, más tarde o más temprano. Él lo sabía, pero siguió en su puesto, haciendo a pie o a caballo los 5 kilómetros que median entre Arija y Bustamante, de uno y otro lado del límite entre las provincias de Burgos y Santander.

La persecución del franquismo sobre los “contras” fue virulenta y meticulosa todavía después de abril de 1939, cuando la guerra contra la avanzada de derechas terminó con la victoria de Franco. El padre de Eusebio, además, había sido concejal del ayuntamiento por el PS. Estaba marcado.

“Un día lo sacaron de casa y no lo volví a ver. Yo estaba en el pueblo y cuando volví la encontré a mi madre llorando. Estuvo preso hasta el 44. Mi madre quedó, pobre, sin ninguna defensa”.

Su padre, que era “el sostén de la casa”, estuvo preso 5 años. Eusebio no sabe si lo hubieran dejado, pero sabe que la economía familiar no permitía los gastos que suponía el viaje de

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

ida, la noche fuera de casa, el tren de la vuelta y nunca pudo visitar a su padre en la cárcel. Sólo se comunicaban por cartas. Su mamá con frecuencia le enviaba ropa limpia.

Rojo

■ Hasta entonces la infancia de Eusebio había sido plácida y feliz. Pero terminó la primaria y no pudo seguir sus estudios. Tenía 12 años cuando se desató la guerra. Su padre cayó en el 39. El tenía 15 y con la madre y el hermano, dos años menor, cubrieron su ausencia con más y más trabajo. Ya había nacido la hermanita, cuatro años menor. Sin el hombre de la casa, la economía familiar se achicó hasta la supervivencia. Eusebio tuvo que buscar trabajo afuera. Consiguió un puesto en una cantera, extrayendo cayuela para las fábricas de explosivos de Bilbao. Era un esfuerzo grande y un salario pequeño, de cadete: cinco pesetas diarias. Y de vuelta en casa cada día, el campo y la familia también exigían su atención.

El tiempo no diluye sabores como los del pan que hacía la madre, en un gran horno de leña, pero sí alivia el dramatismo de algunas sensaciones, los dolores del cuerpo, la frustración, la impotencia. Cobrar 65 pesetas por una quincena era miserable. Encima, “el día de cobro, cuando volvíamos al pueblo, pasamos por un bar con los vecinos que trabajaban conmigo, y ellos se pusieron a tomar y tomar vino, con una porción de sardinas. Yo era chico y no tomaba nada. Pero recuerdo que me hicieron pagar una parte igual que los otros”.

A los 17 años pensó que mejor sería trabajar en una mina de carbón. Todavía era el combustible que movía al mundo y la explotación importaba tanto a la España de Franco que los obreros quedaban libres de la milicia. “Todos tratábamos de esquivar el servicio militar porque duraba tres años”. Eusebio era el hijo de un socialista, un rojo, un republicano combatiente, preso sin juicio ni pena. Pero a los de la mina no les importaba su estirpe. Alguien tenía que hacer el trabajo duro. “Los hijos de los franquistas no iban. ¡Si eran los privilegiados! Si figuraban en las listas de personal era para que no hicieran la mili”, recuerda Eusebio.

Partida

■ “En uno de los viajes que hice a España le dije a un primo mío: ‘voy a ir a sacar una partida de nacimiento de mi padre, literal. Eso significa que te la tienen que dar tal cual como está inscripta. Pedí la de mi padre y la de mi madre, para saber bien los orígenes, los nombres



de los abuelos, de dónde eran, y todo eso. Entonces me encontré con una sorpresa: que en el margen de la de mi padre habían puesto: ‘condenado a cadena perpetua por haber participado en reuniones clandestinas contra el régimen’”.

El tenía más o menos 23 años cuando dejó de trabajar en la mina. Su padre ya había vuelto a la casa. Ya le había contado de los camaradas a los que daban “la última”: la pena de muerte. Una mañana cualquiera lo levantaban de un grito en la celda, lo arrastraban al patio y lo fusilaban. A su padre lo habían condenado a cadena perpetua pero salió indultado. Lo devolvieron con la cabeza blanca a los cinco años. Eusebio sabe que fue porque sus abuelos eran conservadores con contactos en las filas de Franco. Lamenta no haber hablado más con el padre sobre eso de militar en una fábrica, combatir en el campo, resistir en la cárcel.

Diego

■ Eusebio se dio cuenta de que el suyo no era un trabajo muy sano. Por lo general así es la minería. Trabajaba a 40 o 50 metros de profundidad, aspirando aire negro toda la jornada. Entonces volvió al trabajo en las fincas y estuvo haciendo otras changas, como la de demoler las casas que sepultaría el agua del dique en el Ebro. Eran de grandes piedras labradas esas casas, “piedras de sillería”. O por ahí andaba Eusebio sesgando la alfalfa a fuerza de guadaña, en alguna finca vecina.

María no escucha esta parte de la entrevista. Está atendiendo a los que vinieron a cambiar unos azulejos en el baño rosado del departamento, que es muy pulcro y ordenado. Los muebles de estilo, las paredes empapeladas, el reloj de manecillas doradas y sus campanadas de cada hora, los portarretratos en la mesa ratona del living, desde donde lucen sus rostros queridos los amigos, los hijos, sobre todo las nietas y otros familiares. Hay sillones y sillas de espaldares con detalles torneados y esculpidos. Cuadros de marcos dorados en las paredes.

Ahora que María no escucha Eusebio cuenta que no todo era trabajo y penar por aquellos años. Joven se es de a una vez por vida y Eusebio le sacó frutos a su soltería, yendo de pueblo en pueblo con bandas de amigos y haciendo amigas entre nuevas conocidas. “Yo no me perdía una fiesta. En eso era cabecilla, caudillo. Y tenía mis amigos ¿no? Eso era lo que extrañaba tanto tanto cuando vine acá, porque tenía 25 años cuando llegué a Comodoro.

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

Tenía al tío que me había hecho los trámites para venir y con él vivía, en el tres. Siempre me decía: ‘vete a Comodoro, vete a ver la gente’. Pero yo cambié tanto... Estaba como Maradona. ‘Me cortaron las piernas’”.

Trasplante

■ Ni ganas de salir tenía Eusebio cuando vino a parar a Comodoro. “Y mi tío me quería una locura y me trataba muy bien pero no había forma. Yo me encontré como trasplantado. Sufrí mucho”. A la voz de Eusebio, que es gruesa y ronca y bien española, la melancolía que vuelve la aploma. Por suerte vuelve del baño María, que también es tan española, y con su voz que conserva esa ternura juvenil pone a salvo a su marido del recuerdo amargo cuando gritando anuncia que, “al final, el mate se nos enfrió muchachos”.

Pero el tiempo pasó y Eusebio fue haciendo amigos. Menciona a los Almirón, a Manolo Ergas. Y de a poco se fue animando y amigando con esta ciudad a la que vino de puro aventurero.

“Los europeos somos aventureros. Yo con 25 años estaba allá dando vueltas. Y mantenía correspondencia con un tío que estaba acá, al que no conocía, pero era mi padrino. El había venido el mismo día que me bautizaron”. Según la historia que conoce Eusebio, ese tío materno había llegado a Argentina en un acto de rebeldía, cansado de que su familia rechazara a su novia. La correspondencia entre ellos no era frecuente y se interrumpió durante la guerra, pero él la retomó enseguida, y empezó a aumentar su entusiasmo.

“Seguramente a mi con 25 años se me dio por pensar ‘qué estoy haciendo yo aquí’. Para acá estaba viniendo mucha gente y me dieron ganas de escribirle a mi tío y preguntarle cómo estaban las cosas. A la vuelta de correo me contó que estaba bien, y que si quería podía venir con él. Mi madre empezó a llorar y decía ‘¡Ése! Claro. Porque está solo allí. Te quiere llevar para que estés con él...’”.

-Pero Eusebio— le reclama María.

-Y yo tenía una novia— responde el marido.

-Pero di la verdad Eusebio.

-Y la verdad es que no me gustaba mucho.

“Estás dejando a dos mujeres desgraciadas”, le dijo su madre un día antes de la partida, y hablaba por esa chica y por ella misma. 61 años después Eusebio se lamenta. “Le di un

disgusto a mi madre tremendo. Pobre mujer. Siempre pienso: qué mal me porté. Los dejé solos a mi padre y mi madre. Hacía dos años mi hermano había fallecido en un accidente”.

Pero él dice que no está arrepentido aunque María, mientras reanima el mate, insiste que siga diciendo la verdad. “Pero no María, no estoy arrepentido -le responde—. Estuve a punto de volver pero después nos conocimos”.

“La conocí a ella -explica—y cambió mi vida totalmente”.

Mar

■ En Nápoles ya habían embarcado 1200 italianos con destino a América. En Barcelona, un día impreciso en su calendario, pero 15 días después de la fecha consignada en el pasaje, Eusebio embarcó en el Cabo de Hornos con destino a la Argentina. Durante esa estadía extensa y forzosa en la ciudad catalana se gastó todo lo que tenía, que no era mucho. Los mil y pico de pesos que salía su pasaje los había pagado su tío y las comidas a bordo estaban incluidas en ese valor. Finalmente, al amanecer del 15 de noviembre de 1950 desembarcó en el puerto de Buenos Aires, donde buscaron unos primos, hijos de un tío paterno que los había traído con él muy chiquitos después de enviudar en España. “Llegué sin un mango”. “Con los bolsillos al revés”, acota María. “Una mano atrás y otra adelante”, es la expresión más corriente.

Mientras bajaba por la pasarela en el barco seguían sonando los tangos que empezaron a escucharse en Montevideo. Esa música es una señal imborrable en la memoria de Eusebio. Estaba en el Río de la Plata, estaba llegando a Buenos Aires, Argentina, capital mundial del tango. La despedida de los amigos que había hecho en el viaje fue dolorosa. “Yo siempre lo digo. Es una amistad distinta a la de tierra. No sé porqué circunstancia te penetra más la amistad del barco. Conviviendo día y noche, estando todos en el mismo ambiente, corriendo los mismos peligros, con esa incertidumbre de viajar en el mar a un lugar que no conocés... No sé, es una amistad muy sana. Muy linda”.

“Y siguió teniendo contacto con un amigo de esos, que era Asturiano... Ya se iba acercando a mí”, dice María, que también es asturiana y es romántica.

Después de dos días en Capital llegó a Comodoro vía Transportes Patagónicos. “No había otro”. Los pesares del viaje fueron los mismos. Su tío lo hubiera “bancado” pero el no podía estar sin hacer nada. Fue su ocurrencia. Apenas llegó salió a buscar trabajo y consiguió en La Anónima un puesto de cadete, ayudante de todo, comodín. Pero el tío, que era empleado

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

de YPF enseguida le gestionó un lugar en la petrolera. Eusebio fue a parar a la pasteurizadora de leche de kilómetro 4. De eso “no entendía un pomo”, recuerda, pero igual ocupó el puesto. Ahí se procesaba todo lo producido en los tambos de la zona, para aprovisionar al personal y a las proveedurías de la empresa. “Yo no sabía nada de leche, ni de pasteurizar, pero era un trabajo mecánico, no era difícil. Ponía dos gotas en los tarros de leche, de unos frasquitos que había, metía un termómetro y así se sabía la acidez que tenía la leche. Yo veía que a veces les rechazaban lo que traían a los tamberos. ‘A este habrá que coimearlo’, debían decir. Y un día vino uno de Sarmiento, los hijos andan por ahí todavía, y me ofrece plata porque iban a rechazarle sino la leche. Y yo no lo acepté. Era bien puro por aquel tiempo”.

“¡Ah! ‘por aquel tiempo’. ¿Y ahora qué eres Eusebio?”, le pregunta María. “Si tengo alguna malicia la adquiriré después”, le responde el marido, y ríen juntos, como hace ya 57 años.

Vaivén

■ Eusebio pasó unos meses al servicio de YPF y se aburría. Se contactó con aquellos primos de Buenos Aires y marchó a la gran ciudad, dando otro gran disgusto, esta vez a su tío. “Ellos tenían una confitería en Bella Vista, al lado de los estudios de cine San Martín, ahí nomás de la estación de ferrocarril. Yo ahí conocí mucha gente que trabajaba en películas. Estaba contento. Pero a los tres meses se les presentó la posibilidad de vender. Muchos lo hacían. Armaban un negocio y al tiempo lo vendían. Se ganaba una punta de pesos. Ellos hicieron eso. Los dos eran solteros, tenían treintitantos años, y se fueron a España, a pasear. Yo quedaba sin trabajo pero uno de ellos tenía mucha relación con un gerente de Gath y Chaves, que eran las mejores tiendas que había en Argentina. La central estaba en Cangallo y Florida, donde hoy está el Banco de Boston. Mi primo le habló al gerente y me tomaron enseguida, pero yo no sabía nada de ropa, ni de la ropa mía, y ahí tenía que ir todos los días a trabajar con corbata. Se usaban mucho las camisas con cuellos duros, cambiables. Todos los días me tenía que lavar el cuello de la camisa. Yo entré a trabajar de vendedor. Nos pagaban comisiones y a mi me iba muy bien”, recuerda.

Ganaba lo suficiente pero no le alcanzaba. La vida en Buenos Aires era cara y Eusebio liquidó los ahorros que había hecho en Comodoro a su paso por YPF. Extrañaba mucho España, se sentía “a la deriva” y decidió pegar la vuelta. Allá su tío materno, el de Comodoro, tenía unas fincas, y alguna vez le había dicho que si regresaba a la madre patria se las cedía. Eusebio

Desde San Antonio salieron el jueves a las 6 de la mañana en un colectivo ruidoso y polvoriento de Transportes Patagónicos, conducido por Leoncio Durandez. María viajaba “como un moro”: las rodillas flexionadas contra el pecho, los pies sobre el asiento. Después de 23 horas viendo crecer el desierto, bamboleándose en los caminos de ripio, el viernes 18 de septiembre de 1952, a las 4 y media de la tarde, llegaron a Comodoro Rivadavia. (María Elisenda Zapico Fernández)

volvió a Comodoro para verlo y hablar del asunto. Fueron a hacer el poder en la Escribanía de Roque González, pero el trámite demoraría dos meses. ¿Que hacer hasta entonces?

“En ese tiempo conseguías trabajo enseguida en Comodoro. No había problema. Yo caí de vuelta a La Anónima. Me mandaron al depósito a controlar la mercadería que venía de los barcos. Un día viene el jefe y me dice: ‘te quieres ir a trabajar a otro lado’. ‘Si es para mejorar no hay problema’. ‘Tengo un pedido, de un muchacho joven, para una librería’. Y allá fui”. El negocio quedaba al lado de lo que era el Bar Sportman. “Monté una relación buenísima con Conrado Soetber -dueño de la librería—. Y después de casados y todo, hasta de viejos nos seguimos viendo”.

A los 30 días de llegar Conrado le entregó la llave del local y lo dejó encargado. “Me gustaba mucho mucho ese trabajo de la librería. Y en ese tiempo conocí a mi mujer”.

Encuentro

■ María recuerda las sensaciones que le inspiraba Comodoro y su paisaje. “Esto nos extrañaba mucho a mi madre y a mi porque Asturias es todo verde, es montañoso y llueve mucho. Tiene mucha vegetación y praderas. Es así como Bariloche más o menos. Cuando veníamos en viaje mi madre decía: ‘cuánto tardamos en llegar a Comodoro. ¿Dónde quedará Comodoro? ¿En el final del mundo? ¿A donde se fue a vivir esta hija?’. ‘Cayendo del mapa, madre. Cayendo del mapa’. Y cuando llegamos acá, el tío ya había comprado una casa para la familia. Y decía mi madre: ‘ay hija, aquí las casas son de chapa y de trapo’. Porque no había persianas, y se usaba una cortina fina y una cortina gruesa. Parecían casas de chapa y de trapo. Eso allá no se veía”.

La casa de ellas quedaba en 9 de julio, entre Sarmiento y San Martín. En avenida Rivadavia, enfrente, por entonces estaba el banco Londres, pero de este lado, cuando conoció a Eusebio, María trabajaba de secretaria en la administración de Talleres Torres. Ahora ahí está el Banco Galicia. Entonces era una casa de importación. Vendían de todo, electrodomésticos y hasta vehículos.

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

María y Eusebio cumplían los mismos horarios y se cruzaban en la calle 9 de Julio de ida al trabajo. Eusebio dice que ella le gustó desde el comienzo. “Yo la veía diferente. Que se yo. Era una mujer distinta. No es por nada, pero mi mujer era muy muy bonita”. En esos encuentros circunstanciales en la calle, de pronto empezaron a saludarse. “Yo le decía a una amiga: éste debe ser español, y español del norte”. Y un día el tomó coraje y le habló de algo, cualquier pavada. “Y no me equivoqué”. Se enteró de que ella venía de Asturias y el interés empezó a crecer en ambos y los encuentros a ser interesados y más interesantes. Eusebio dejó suspendido indefinidamente su regreso a España.

“Era una mujer hermosa: palabras mayores. Tuve una suerte loca con ella. Antes me preguntaste si me arrepentía de algo. Yo creo que mi destino era éste. Haberme encontrado con ella lo pagó todo”.

Su encuentro fue en el 53. A fines de año. Noviaron 13 meses hasta que se casaron en febrero de 1955. “Y nos fuimos de luna de miel... a Sarmiento”. “No nos daba para más”. “El tío de ella era taxista y era el único que sabía”. “Nos daba vergüenza y todos creían que nos íbamos lejos”. “Así que le pedimos, para que nadie nos viera, en vez de tomarlo acá en Comodoro que nos llevara a tomar el tren al cinco”. “Para disimular”. “El mismo día de la boda hicimos un banquete al mediodía, que lo pagó mi finada suegra, y después nos fuimos a Sarmiento en el tren de las cinco de la tarde. El que nos casó era un primo cura mío que estaba en Buenos Aires y vino especialmente. En Sarmiento nos fuimos al hotel Colón y cuando bajamos, en el comedor veo a un matrimonio de Comodoro ahí sentado. Ay, ay, ay, digo. ‘Hola’, nos vinieron a saludar. Qué se yo, que se cuánto, y de pronto dice ella. ¿Pero ustedes no se casaban hoy?”.

Ríen el marido y la mujer recordando aquellos tiempos. Cosas del amor, la juventud y una vida modesta. Eusebio no tenía más permiso que por una semana en el trabajo.

Vuelta

■ De regreso a Comodoro se instalaron en aquella casa de chapa y trapos. En el dormitorio de María se instaló Eusebio y ahí engendraron a su primer hijo, que nació el 1ro de enero de 1957. Hoy es doctor en química y padre de tres hijas universitarias. Dos estudiantes de arquitectura y una de periodismo.

Estando en la 9 de julio compraron un terreno en calle Sarmiento y diseñaron los planos de dos casas, una para ellos y otra para Lucía y su familia. Pero estaban en eso cuando se les

presentó la oportunidad de una casa en Ameghino y Saavedra y la compraron en sociedad. “Todo era así. Trabajábamos en familia”. “En el 58, cuando vino la locura del petróleo”, alquilaron la casa a una compañía que pagó el primer año de alquiler adelantado. Saldaron la hipoteca y empezaron a planear un viaje de visita a España.

El 21 de abril de 1960 María, Eusebio y el primero de sus hijos se fueron de paseo al viejo continente, en barco, con plata que les regaló Belarmina, la mamá de María, quien administraba la renta de las propiedades de Europa y acababa de recibir una suma cuantiosa por la venta de madera producida con castaños y robles de la finca. Allá estuvo la familia, paseando y conociendo durante 6 meses.

“Ya no teníamos familia en el pueblo pero yo subía igual, como yo digo: a cargar las pilas -cuenta María—. Y me sentaba delante de la casa de la abuela y la miraba y recordaba. Era una casa muy grande y muy linda. La pobre no la pudo disfrutar porque recién la estaban terminando de hacer cuando empezó la guerra y a la pobre abuela le mataron tres hijos. Dos en el mismo día. Ella murió un año después de empezar la guerra”.

“Yo al viaje que más importancia le doy es al primero -comenta Eusebio—, porque todavía vivían mis padres. Volver con la esposa y con el hijo fue como recompensar a mi madre por el disgusto que le había dado”.

De ese viaje volvieron el 21 de octubre del 60. Un mes y medio más tarde, repentinamente falleció Belarmina. Ambos la recuerdan por su enorme generosidad y su cariño.

Negocios

■ Con dinero heredado, ahorros y préstamos, al volver ellos emprendieron su primer negocio junto a Lucía, hermana de María, y José Pola, su marido. Compraron el local vecino al Salón Luso por un valor de 800.000 pesos, y ahí pusieron un bar y restaurante. “Fue una época de mucho sacrificio, trabajábamos sin descanso, ni un domingo libre. Pero nos fue muy bien”. Trabajaron a todo ritmo durante dos años y lo vendieron por casi el triple de ese monto.

Pudieron construir al lado de la casa de Saavedra y Ameghino el salón donde fundaron La Cumbre. Bajo la modalidad que Eusebio había aprendido en Gath y Chaves, el negocio combinaba fiambrería, vinoteca, productos de almacén e importados. Cien o 200 canastas les encargaba cualquier empresas de un día para otro, para regalar a los obreros durante las fiestas de fin de año. Y ellos tenían que cumplir y pasaban noches y noches en vela. Enloquecidos,

LOS ASTURIANOS / EUSEBIO SAIZ - MARIA ELISENDA ZAPICO FERNANDEZ

tomada la casa y el negocio por canastas y más canastas.

Fue un negocio fructífero La Cumbre. María y Eusebio vivían en el departamento lindero. Lucía, José y las niñas, “que ya eran señoritas”, vivían en uno de los departamentos que la sociedad familiar había adquirido en calle Italia. A la vuelta de La Cumbre, sobre calle Saavedra también compraron un salón para depósito y ahí se terminó mudando la familia de Lucía. “Siempre cerca y siempre socios, pero sin papeles. Todo de palabra. En absoluta confianza. Así eran antes los negocios familiares”. Eusebio interviene para decir que José “era un tipazo” y así rinde homenaje a su conculado, socio y amigo.

Unión

■ Hay un pasaje especialmente amargo en la vida de María y Eusebio: perdieron una hija. Había nacido en 1961. Murió en 1978 con 17 años. Pero mejor no ahondar en estas cosas, dicen, porque Eusebio de pronto vuelve a quebrarse. Siempre el mismo, siempre intenso es ese dolor de los padres abandonados. Marido y mujer se ofrecen miradas de auxilio y la charla recupera mejor rumbo.

Trabajaron los dos matrimonios, y sólo otros dos empleados en La Cumbre hasta 1990. Fue mucho esfuerzo. “A las 8 de la mañana yo ya había leído el diario y tenía la persiana levantada. Y hasta las 10 de la noche no parábamos”. Cuando Eusebio y José se jubilaron la sociedad familiar vendió el fondo de comercio. El conculado de María murió a los 3 años. Tres meses y medio más tarde Lucía fue a acompañarlo.

Hacía 6 años que Eusebio era presidente de la Asociación Española de Socorros Mutuos. Después de jubilado se dedicó tiempo completo a la entidad, de lunes a viernes, trabajando ad honorem. En su historial registra el honor de haber inaugurado el sanatorio de la calle Mitre siendo presidente.

Eusebio trabajó mucho por esta ciudad. Fue presidente de la Española durante 17 años y lleva ya 50 en la comisión directiva. Con María son dos de los fundadores del Centro Asturiano. Sobre la mesa del living hay un álbum con fotos llenas de personalidades. Eusebio también participaba en la dirección de la Cámara de Comercio cuando la entidad adquirió el edificio que ocupa actualmente. E integró el consejo de administración del Cabin, y fue vicepresidente de la Asociación de Clínicas y Sanatorios. “Mira querido, ¡cuantos títulos tienes!”, le dice María, y recuerda cómo se armaba de paciencia frente al marido y su agenda llena de

ocupaciones. La Cumbre también les hizo conocer a muchísima gente. Siempre tuvieron una vida social intensa, muchos amigos y celebraciones.

También por eso son agradecidos con la vida estos inmigrantes. “A pesar de los golpes, porque las desgracias a veces vienen acompañadas de más unión –dice Eusebio– y de un nuevo sentido para las cosas. Cuando uno recibe un golpe de esos, después vuelve a la vida fortalecido, con un nuevo concepto. Hay alegrías y lágrimas en la vida de cualquier persona... Nosotros hicimos mucho esfuerzo, pero eso ha rendido sus frutos y por eso somos agradecidos. Además, llevamos cincuentaitantos años juntos, y unidos la vida la llevamos mejor” ■

LOS ANDALUCES / **JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ**

Rojillo

En este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira, todo es según el color, del cristal con que se mira”.

Juan lo mira con cara de pocas pulgas. Es un maltés pequeño, pura inquietud, pura energía. A Juan le pone los pocos pelos de punta cuando se le da por ladrar de improviso. Se lo regalaron entre hijos y nietos a Lola, que es la esposa de Juan y es en esta casa la que quiere a los perros.

Colita entra en la pileta de la cocina con holgura. Lola lo baña mientras Juan conversa en la otra punta del salón. Sentado en su sillón. Está colorido el jardín que los abuelos cuidan en el frente de la casa. Están grandes los plantines, en el cantero que Juan labra en el lado del este. Su pequeña huertita. Cultiva tomates. De hasta 700 gramos le salieron el verano pasado. Y al frente lo embellecen geranios, claveles, conejitos, lavandas y periquitos o san pedros, que son esos que se abren de noche y se cierran a media mañana. Un lujo de este paisaje doméstico de Rada Tilly. De España trajeron las semillas. “Allá salen de todos los colores”. Dolores dice que no entiende: acá solamente salen violetas.

La mañana de la primera entrevista hacía frío y Juan estaba con sus recuerdos todos virados para el lado de la guerra. Era invierno. La tarde de hoy es tibia y luminosa. El verano despunta en Patagonia. Comparten cerveza y sandwichitos, y Juan está animado y Lola apunta con alegría.

Versos

■ En su pueblo, de niño, al protagonista de esta historia lo llamaban “Juanico el rojo”. O “Rojillo” a secas. Una vez un teniente casi le arranca la oreja cuando escuchó cómo lo llamaban. “No permita que le digan así”, le gruñó el fascista al pobre Juanico, que no tenía la culpa de ser rojillo. Su madre y sus siete hermanos también lo eran: todos pelirrojos. Y según le contaron, también su abuelo materno. El no lo conoció, pero sí al abuelo paterno. De él heredó este gusto por

Perfil

■ Juan Antonio Sánchez López nació el 6 de octubre de 1920 en Lucainena de las Torres, Almería, Andalucía. Es un afamado peluquero y paellero de Comodoro Rivadavia, a donde llegó en marzo de 1950. Con Lola tuvo 2 hijos. Tienen ocho nietos y 4 bisnietos. Viven en Rada Tilly ■

los dichos, las rimas y los versos. Ahora mismo recuerda uno que le contó, sobre un hombre, también de Almería, al que cruzando un puente cualquiera, el viento le arrebató su sombrero: “te compre de mala gana y así mismo me has salido, tienes la felpa muy mala, te ves nadando en el río y hasta los vientos te ganan”.

Son versos que se iluminan de pronto en su memoria y echan luz sobre los recuerdos próximos. Así transcurre en una segunda entrevista, lanzando anzuelos al pasado. “¿Qué hora es?”, le pregunta el recuerdo que llega y Juan, respondiéndole exclama: “que gran tontería es, estando el reloj tocando, preguntar qué hora es, si usted lo puede ir contando”.

“En el pueblo mío había un reloj de cuatro esferas en la torre de la iglesia. Esferas de porcelana. Yo le he dado cuerda de monaguillo. Hay que darle hasta subir las pesas, que luego despacio van bajando. Dura una punta de semanas. Desde los cuatro barrios pueden ver el reloj y se escuchan las 12 campanadas. De noche el reloj se ilumina. Es la iglesia de San Sebastián, del excelentísimo ayuntamiento de Lucainena de las Torres, en la Provincia de Almería”.

Dicen que pasamos la mayor parte del tiempo a salvo del tiempo. Que nuestro reloj interno marcha en un continuo. Que somos de una edad indeterminada. Que lo que cambia es el cuerpo: el elemento que nos sujeta a esta forma de existencia finita. Porque para nuestro adentro, para la luz que nos mantiene encendidos, el tiempo es una invención, una ficción, un capricho del hombre, un intento de dominar el misterioso curso de la vida, que a todos transcurre todavía, entre misterio y misterio.

Capaz que es por eso que Juan mira con esta gracia de pibe. Tiene en los ojos eso de picardía, vitalidad y entusiasmo. Pero tiene noventa y un años don Juan Antonio, que vino de España a Kilómetro 8, a trabajar de peluquero, cambiando el fusil por la tijera, con no pocas escalas de por medio.

Una expresión alegre le baña la cara cuando se le van los ojos a pensar esos paisajes, sucesos pasados... De vez en cuando, todo su ser queda en suspenso. Es un hombre pequeñito, de un humor robusto y una memoria enorme, fuerte y valerosa, en la que guarda cientos de versos. Poéticos, picarescos o elevados. Los viene trayendo de España. Los guarda hace más de 60, 70 años o más.

Hay en aquella iglesia de su pueblo una imagen muy hermosa de la Virgen de los Dolores. Y así es como se llama su esposa. Grao Ayoso se apellida. Nació el 10 de octubre de 1928 en la provincia de Córdoba, también en Andalucía. Lleva más de 60 años casada con Juancito, que nació el 6 de octubre de 1920, “a las 11 de la noche”, según le dijo la madre.

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

“Son rusos mis apellidos -comenta de pronto—. Me llamo Juan Antonio Sánchez López”.

Lola se ríe de las ocurrencias de su “viejo”, que irrumpe de pronto en el silencio y hace aletear otro verso, con su acento bien andaluz y un estilo muy característico, concentrado, refinado: “en este mundo de mierda, sin cagar nadie se escapa, caga el rico, caga el pobre, caga el obispo y el papa”.

-¡Hombre! —lo reprende Lola— No digas esas palabras.

-Pero coño. Si está cagando. ¡¿Quieres que no diga mierda?!

“Las mujeres son las malas, que en el hombre no hay engaño, se sacuden la chaqueta, salta el polvo y queda el paño”.

Juan ahora tiene cano el poco cabello que le queda. Pero era pelirrojo. Y usaba bigotes. Siempre muy prolijos. Los sigue usando. “Y boina también lleva desde siempre -cuenta Lola—. En Barcelona no, porque estaba muy joven. Era muy lindo mi viejo. Y las manos... las tenía de suaves...”.

-”La vida es sueño y los sueños, sueños son”.

-¿Usted leyó a Calderón de la Barca?

-Yo no tenía mucho tiempo para leer. Hice hasta sexto grado. Pero sé que “la vida es sueño y los sueños, sueños son”. Eso dijo Calderón de la Barca.

-Y usted también cree en eso.

-Yo creo que sí. Imagínate: si llego al 6 de octubre... Ya cumplí 91 años. Nací el 6 de octubre de mil novecientooooos...

-¡Veinte! —apunta Dolores.

El sentido de la complementariedad se afina con el tiempo y es muy simpática una pareja a estas alturas. Ella siempre está alcanzando la palabra que a él súbitamente se le esfuma de la punta de la lengua. Le hace de ayuda memoria y él deja que su apuntadora lo apunte todo, se anticipe a los remates, se superponga a sus pausas. Los esposos y el dulce tintinar de sus lazos.

-Del 20, sí. ¡De 1920! —dice Juan, como si fuera obvio—. Nací en Lucainena de Las Torres, provincia de Almería. Era un pueblo. Un pueblo de fondo minero. Ahí estuvimos con mi madre, con mi padre. A mi padre lo destinaron a Vera cuando se terminó la mina, otro pueblo de Almería. Fue a la central eléctrica. Empresa Fuerzas Motrices Valle de Lecrín. Era ya un pueblo más grande, y más bonito. El mar está cerca. Paellas. Clima muy lindo. Poco invierno. Ya era otra cosa. Naranjos y limoneros. Buenos hoteles.



El acento, el temperamento y los modos de la relación de estos abuelos españoles son divertidos para acompañar con café esta mañana de invierno soleada sobre Rada Tilly. Hijos y nietos de Juan y Lola los trajeron para que estén más cómodos acá en la villa, más cerca, en una casa bien equipada, sólo para ellos.

-No me queda nadie. Nacimos siete (hermanos) en mi casa... Quedo yo solo. Yo no tengo un primo hermano, un primo segundo, un primo tercero. Un sobrino carnal de mi familia. Por mi lado nadie. Quede solo yo.

-Pero primos segundos sí tienes. La Dora, la Trini, Martín, Angelita... Sí que tienes.

-Bueno, pero son lejanos. Lejanos. Hermanos no me queda ninguno. Los conocí acá, pero no nos tratamos mucho.

Él era el cuarto de los hermanos. María, Lola, Pedro y Juan Antonio... A la segunda, después de que los padres murieron, la trajo a Comodoro, para darse compañía en los últimos años.

-Pero yo les gané a todos -dice Juan, que tiene un humor a prueba de lutos-. Hasta a mi bisabuela Eufrasia le gané, que murió con 84 años... La conocí y todos los días cuando iba al colegio pasaba a saludarla. Le daba un beso y me tocaba desde los pies todo el cuerpo para

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

arriba hasta la cabeza y me decía: 'hoy has crecido un poquito así'...

Estaba ciega la señora pero no era que fabulara. Es que Antonio, que sigue siendo petiso, crecía, pero no visiblemente. Él seguía contento su camino con el saludo de la bisa. Su papá también andaba por el metro 65, pero a diferencia de él, era gordito.

-Hasta los 11 años nada más estuve en el pueblo que nací y de ahí nos fuimos a Vera y ahí estuve hasta los 16, 17, porque ya me llevaron a la guerra.

-Pero antes de llegar a la guerra cuénteme de la infancia...

-¿La infancia?! Tuve poca. La disfruté poco la infancia mira...

Vera

■ -Ahí aprendí a peluquero, con mi maestro, se llamaba Ginés Cervantes. Fui a una peluquería y estaba mirando cómo se cortaba el cabello. (Dejame que estoy hablando de mi oficio) Hacía de mozo, de cadete. Empecé enjabonando a los clientes, y luego daba la crema cuando ya estaba afeitado, y peinado. Los clientes me tomaron simpatía. "Afeitame Juanico". Le gané al maestro. Tenía la mano muy suave. No sentían la navaja. Hacía unos bigotes deliciosos. Fui entrando así. El alcalde se afeitaba conmigo. El gerente del banco central, que estaba al lado de la peluquería. Me daban una propina muy linda, porque el sábado es día de feria. Había que repartir la propaganda del banco central, y me daba la propaganda para que yo lo repartiera y me pagaba dos pesetas, que era moneda de plata. Yo iba por el mercado y no desperdiciaba ninguna propaganda, hasta las 12 iba a la peluquería. Baltazar Giménez. Buenos clientes. Me hechó el maestro porque le pedí mi sueldo. Me dijo que era joven. Quédese con su peluquería que yo me voy. Me fui me compre mis herramientas y me dedique a trabajar. Y me denunció. Yo dije que no cobraba nada. Los peluqueros sacaban las muelas. Sin autorización ni inyección. Yo preparaba la máquina con las herramientas. Tenía un salón aparte. Preparaba todo, desinfectaba, cobraba y no me daba nada. Llegó a cansarme. 12 años. Yo me puse pantalón largo para ir a la guerra. Tenía los pelos colorados en las patas y no se notaban. Cuando estaba en el ejército y vine de vacaciones a la feria, fue a buscarme porque en la ingle le había salido un forúnculo, y no podía trabajar: ¿podés entender? "Usted no se lo merece, así que muérase". El hijo fue a buscarme: "Juanico, mi padre no se lo merece, pero hacélo por mí". Entonces fui. Es la semana que son las fiestas mayores del pueblo. "Lo que ganes es para ti". Terminaba a las 12. Y de ahí a bailar. Cuando terminé de trabajar me llamó para que le diera la mitad. Y yo...

Revolea su mano en el aire.

-”¡Téngala!”. Si no se aparta le rompo la cabeza con la bolsa de monedas... Estaba en un piso de arriba. Ahora todo el edificio es de él. Había venido de los Estados Unidos lleno de plata.

Esa tarde Juanico volvió llorando a su casa. Pero el hijo del maestro fue detrás, a devolverle la plata.

-Y cuando vendía la peluquería me llamó otra vez. Mira si el tipo me quería...

-Sí. Te quería explotar—dice Lola.

-”A mi me das 25 pesetas todo los días y suficiente”. “Yo de usted no me fío nada, quéde-se su peluquería y váyase hasta donde Dios lo quiera llevar”. “Pero Juanico”. “Ni Juanico, ni Perico, ni Antonico... Métase su peluquería donde quiera”.

Ahora, de pronto. Juan hace profunda su voz y más pausada... Es un narrador dramático.

-Porque vino la guerra—respira profundo— Y ya vino la miseria. La guerra civil española. Y ya a los 17 años me llevaron. Y cuando terminó la guerra estuve preso en un campo de concentración. Y cuando me dieron la libreta me vine a mi casa. Y a los 2, 3 meses me llevaron a África: me tuvieron 4 años haciendo la milicia...

-¡Guau!

-Pero ahí fui cocinero... Y estuve bien.

Guerra. Campo de concentración. África. Milicia.

-Ahí sí. En la guerra sí sufrí mucho. Preso en un campo de concentración se sufre mucho. Dormíamos arriba de la bosta de las chiva, con bolsas de arpillera... Semidesnudos... Te comían las pulgas... Yo de chico estuve en el Partido Socialista, pero porque estábamos todos. Tenía que estar... Por mi en qué partido voy a estar si lo que me gustaba eran las chicas... Ahora ya no, pero si habremos bailado nosotros en Comodoro...

Lola, que es cordobesa, “cordobesa de España”, sigue con atención el relato de su marido y sus enredos.

-Estuve en las trincheras. En la primera línea. Primero en un campo de entrenamiento, donde te enseñan a manejar un arma y todo. Yo estaba en el Ejército del gobierno republicano. Yo tuve que pelear contra Franco en la Guerra Civil. Nos llevaron a un campamento en Granada y de ahí estuve en el frente. Al enemigo lo tuve en frente, españoles también. Nos separaba un río. Castillete es el nombre de esa posición. Ahí estuve. Y bueno, ahí terminó la

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

guerra y caímos todos presos, y hasta que me dieron la libertad pasé unos cuantos meses.

Juan de pronto lanza expresiones estridentes. “Rojillo hijo de puta”, dice que le gritaban, del otro lado del río. Y de pronto susurra. Es rica en matices su oratoria. Es un narrador experimentado. Sobrio y expresivo.

-¿Y cuánto tiempo estuvo combatiendo?

-No. No. En combate no estuve, porque yo fui enfermero, sanitario. Así se llamaban.

-Pero estuvo en el frente...

-Ráfagas de ametralladora pasaban todo los días por arriba... Y mataban.

-Pero ustedes no atacaban—le recuerda Dolores, suavemente al marido.

-¿¡Eh!?—pregunta él, ruidosamente.

-Pero ustedes no atacaban...

... a un compañero nuestro, que fue a buscar agua al río: lo mataron. Pero no, no. Nosotros no atacábamos. Estábamos en un frente tranquilo. Primero estuve en un campamento donde éramos 18 mil. El campamento de Viator, en Almería. Ahí me llamaron como a todos los de la provincia y de ahí nos distribuían. No me dieron ropa ni nada. Con lo que llegué de mi casa estuve unos cuantos meses. Me da vergüenza... Había de todo para comer pero lo preparaban mal. El pescado lo preparaban con tripas. A propósito, para generar malestar. Tomábamos leche porque había chivas. Los cabreros pasaban por el campamento. Una vez al cocinero lo metieron dentro de una paellera grande llena de moscas. En plena calle. La gente que tenía que comer lo había metido al cocinero en la sartén y el teniente Castillo llegó y le empezó a dar bofetadas... A tipos de más de 30 años...

Cuando el ejército se llevó a Rojillo, su madre, de apuradas, le hizo su primer pantalón largo.

-Un día voy a un comandante que había ahí, que le faltaba un brazo, encargado de muchas cosas. ¿Qué deseaba?”. “Venía ver si me daban siquiera alguna alpargata. Mira cómo voy”. “¿Dónde estás trabajando tu?”. “En ninguna parte”. “¡Fuera de acá!”. “Mire compañero”. La palabra era compañero. O camarada. “Mire compañero. A mi me han traído a la guerra pero no a trabajar”. “Fuera de acá”. Entonces me fui y me anoté a trabajar, a pico y pala, en los refugios, para cuando viniera la aviación. Refugios de 11 metros de profundidad, con galerías. Un día viene el comandante de visita y me vio ahí trabajando descalzo... Y en calzoncillos. Me mira. Anota. Y después me dan la ropa y unas alpargatas, de esas con cintas negras, que abajo son de cáñamo. Ya por lo menos estaba mejor, pero trabajar a pico y pala,

En su pueblo, de niño, al protagonista de esta historia lo llamaban “Juanico el rojo”. O “Rojillo” a secas. Una vez un teniente casi le arranca la oreja cuando escuchó cómo lo llamaban. “No permita que le digan así”, le gruñó el fascista al pobre Juanico, que no tenía la culpa de ser rojillo. Su madre y sus siete hermanos también lo eran: todos pelirrojos.

con comida mala, es jodido ¿eh? Es jodido.

Cocinero

■ Eran soldados vestidos de civil los soldados de la república. Hombres de 17 a los 50 años. “Todos bajo las armas. Así nomás”.

-Y bueno. Entonces. Me llegó un brigada a decirme: “muchacho, ¿tu te comprometerías a hacerle comida a estos 40 hombres que trabajan?”. “Y bueno”. Yo no había hecho de comer nunca, pero “bueno, puedo hacerles de comer”. Y cómo comían. ¡Cómo comían! Ese hombre se ve que me tomó cariño y un día me pregunta: “¿a ti no te gustaría ser telefonista en la comandancia?”. “¡No, no. No se lo lleven al chiquillo que cocina tan bien!”.

Entonces Irrumpe Colita, con su ladrido estridente y Juan da un saltito en su sillón petiso. “¡Llévatela lola! -grita— Pásale el cepillo”.

-A mi me tenía un teniente con él, que me quería mucho, y no quería que fuera a las trincheras. En la comandancia. El teniente Castillo. Siempre voy a recordarlo. Fue como mi padre. Pero a este hombre lo ascendieron a capitán, jefe de toda la costa del Mediterráneo, entonces me quedaba huérfano yo ahí. Ahí fue que me dijo: “mira, te voy a mandar al frente donde estuve yo, que es un frente tranquilo y la vas a pasar mejor”. Ese día salimos en cuatro ómnibus para allá. Nos dejaron tirados en un pueblo hasta que amaneció y nos fueron distribuyendo. A mi me mandaron al frente de la provincia de Granada. Me encontré con el de ahí y le di la tarjetita que me había dado el capitán. La leyó, me miró, la leyó, me miró... Y se la metió en el bolsillo... Me dieron un fusil, dos pistolas: una 19 largo y otra de 6,35. “Esta la llevas, por si te ves apurado que te van a matar, pues matarte tu antes”. Esa era la consigna. No te estoy mintiendo. Esas son las consignas que te dan... Gracias a Dios estoy vivo. Bueno. El fusil, el machete, la careta anti-gas, las pistolas esas, como cien balas. Sabes lo que pesa eso para alguien así como soy yo. Y yo le dije. “¿No tiene usted un cañón?”.

-Pero no eras tan chiquito Juan... Que eras normal...

-Las trincheras de ahí quedaban a 3 kilómetros. Iba yo cargado que no podía ser... A los dos días me llaman. Ese mismo señor. “Entregue lo que se le ha dado... Menos la pistola”. “¿Por qué?”. “Por si la tiene que usar, para usted mismo. Quédesela... Sabemos que es peluquero”. Porque yo en el campamento cortaba el pelo también. Antes de ir ahí. Yo soy peluquero

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

desde los 15 años. En una peluquería aprendí. El caso es que me dijo que entregara todo eso y yo le dije: “a mi no me gustaría ser peluquero”. “Tiene 3 opciones”, me dijo. “Peluquero, miliciano de cultura”, que era enseñar a los que no sabían leer y escribir, “o sanitario”.

Juanico eligió ser miliciano de cultura y se puso a alfabetizar camaradas. El suyo era un frente tranquilo. De unos 60 hombres ocultos en cuevas.

“Tápense las cabezas”, nos decían siempre. “Porque te dan en la cabeza y te matan, si te dan en el cuerpo te pueden dejar vivo”. Esa era la consigna.

- ¿Y por qué no peluquero?

- En la guerra no. ¡No! No sabes los piojos que había. Y te daban una botella de agua para todo el día... No, yo no. Pero como vino después un maestro de escuela, se hizo cargo de eso, y yo entonces me pasé a sanitario. Era enfermero, con 6 camilleros bajo mis órdenes, hombres de 40 años y yo era un muchacho para cumplir 18. El caso es que... ¿Qué iba diciendo? Ah, que me hice enfermero. Entonces tuve que hacer prácticas de cómo se venda un pie, no sé, una cabeza, un brazo, todo. Prácticas de vendaje.

En una de las tantas casas abandonadas del pueblo montaron el hospital, y enseguida a Juan lo pusieron a prueba, a asistir al cirujano en una operación de apendicitis.

“Y cuando le pegé el tajo caí... Caí, caí en serio. Yo veo una gota de sangre y ya estoy en el piso. Después se me quitó eso. Me acostumbré. Pero por suerte no era un frente de muchas batallas. Ahí pasaba yo el tiempo de la guerra”, recuerda.

Hasta que una mañana el teniente le pidió a Juanico que lo acompañara a hacer una exploración, para descubrir zonas débiles de la defensa en el frente. Cuando regresaron el campamento estaba abandonado. Todos los soldados de la República se habían pasado al bando del próximo dictador, cruzando el río. Habían cortado la línea de teléfono y se llevaron la máquina. Juan y el teniente se encontraron solos en el frente. Él tuvo que ir hasta el siguiente campamento a informar lo ocurrido. Lo explicó él mismo en una nota, “en un papel muy fino. Porque si te agarran te lo tienes que comer”. El teniente era analfabeto y le pidió que la redactara. “Era teniente por mérito de guerra. Había sido herido en combate”. Llegó a la siguiente posición, caminando de noche. Revisó una cueva y nada. En la otra tampoco. Nadie. Se habían ido todos. Llegó hasta donde estaban los jefes. Explicó lo sucedido al guardia y lo hicieron entrar en una oficina.

-Y vi a los tipos ahí con unos botines, unos trajes, las patas arriba de la mesa, aquí una botella de coñac, allá una botella de vino. Y digo yo, con mi edad: “¿y yo lucho por ésto?”. Saco

el parte, y digo: “Comandante”. Se levanta un tipo, un comisario, y me pone la pistola acá en el pecho. Perdona la frase: “esta mierda hay que matarla”, me dijo... Hay que estar, eh (susurra). No se lo deseo a nadie. El comandante le pegó un manotazo a la pistola. “Mire comandante. El teniente me levantó para que lo acompañara a recorrer las posiciones y se han ido todos. Quedamos solos. En este papel dice que vayan a reforzar aquello, por si ataca el enemigo”. El comisario ese me miró... Hijo de puta. Me pusieron dos centinelas. Me armaron otra vez y los llevé hasta el frente abandonado...

Todos los pesares de la guerra cayeron sobre la pequeñita humanidad de Juan hasta que la República alzó su bandera blanca.

-Pero no me fui a mi casa. Me dejaron tirado en la calle. En el pueblo hacían pilas de armas. Yo había dejado por ahí mis herramientas. La encontré bajando por el río a mi cajita tirada. Y me las llevé... Después me las quitó un policía. Las tropas iban caminando. Pasaban los camiones vacíos. Los franquistas llevaban de acá para allá los montones de soldados prisioneros. Estábamos transparentes. Así llegamos a donde teníamos que estar presos. Yo iba apoyado en un palito porque me había lastimado un pie y me iba quedando atrás y me levantó un camión y me llevaron a la policía. Ahí me sacaron las herramientas. La guardia civil. “Ésto es mi vida”, “Cáyese la boca. La reclama cuando esté en libertad”. “Señor, eso lo necesito”. “Cáyese la boca”. Cuando me iba me agarró un viejito y me dice “¡arriba España!”. Con la mano así: como los nazis. “Cuando se vengan esos compañeros tuyos los vamos a matar a todos”. Así me dijo el viejo ese de mierda... Cuando llegaron me uní a mi tropa. Nos dieron un bollito de pan y ahí dormimos, tirados en la calle, todos vigilados...

Caminando emprendieron el regreso los prisioneros al otro día y otra vez, exagerando su renguera, Juan siguió quedando retrasado.

-Iba de regreso a mi pueblo y me llamaron de una casa. “Ey rojillo”. Así me llamaban en el pueblo. Y me sirvieron un vaso de vino. Hacía como un año y medio que no tomaba vino...

Lo levantó otro camión y lo adelantaron hasta el convento de monjas. Juan recuerda un salón grande “lleno de fotos con caras feas”. Las monjas lo miraron llegar desde los balcones. Él las ayudó a mudar unos muebles en uno de los pisos de arriba. Le sirvieron comida y café, y le regalaron una “paquetilla de tabaco y fósforos”. Abajo esperó al resto de los prisioneros. Con un sargento llegaron otros 20 soldados vencidos.

-Ahí fue la primera vez que me dijeron hijo de puta. Nos hicieron formar y yo me formé con la mano extendida en el hombro del otro, con el puño cerrado. Y ahora con Franco había

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

que tener la mano abierta. El saludo nazi. “Mira estos comunistas. Cabrones de mierda. Hijos de puta”. De ahí me llevaron al estado mayor con esos 20. Ahí nos ficharon y había un teniente gordo. “¿En qué frente estabas tu?”. “En el castillete”. “Ah, en el castillete. Ahí del otro lado estaba yo”. “Cuántas veces me habrás dicho hijo de puta”. “La mismas veces que vos me habrás dicho a mí”, le digo y me pegó un tortazo que me tiró a la mierda... Si me gritaban “rojillo hijo de puta”. Y del otro lado yo: “que te recontra”. Después ya no pasó nada. Quedamos ahí detenidos... Uno lo cuenta y se ríe, pero no se lo deseo a nadie.

Ladrón

■ Estuvo detenido en un campo de concentración de la provincia de Granada, en una especie de corral, según recuerda, dormía con su capote como todo abrigo. Lo pusieron de peluquero, a exterminar la plaga de piojos que asolaba a los detenidos. Teníamos unas herramientas muy malas. “Había un teniente que era un alma de Dios. Éramos cinco peluqueros y un día nos dice: ‘ustedes, como premio, no se pelen, déjense su cabello’. Así pasé unos tres meses, hasta que llegué a mi casa hecho un esqueleto. No se podía comer la comida que te daban.

Pero cuando le dieron la libertad “me pidieron una póliza: una estampilla que valía 3 pesetas. Y yo no tenía”. Entonces pidió permiso para salir a limosnear y cuando estuvo en la calle, a un cura que pasaba le besó la mano. 18 pesetas le dio el prelado. Con lo sobrante compró todo lo que pudo para comer. “Pan, panceta, longaniza. Un paquetito lindo. Tardé cuatro días en volver al pueblo. Estaba como a 300 kilómetros”. Durmió la primera noche en la puerta de la estación. Había llegado a la capital de Granada a tomar el tren a casa.

“Y estaba yo todavía en la estación cuando una viejita me pidió que la ayude a subir las cosas al tren. Cuando volví mi poncho estaba, pero el paquetito que tenía con cosas para comer me lo habían llevado unos árabes. Entonces yo fui y le digo ‘mire, por ayudarle a usted me quedé sin comer todo el viaje’. No le importó. No me dio ni un pedazo de pan la vieja. He sido ladrón también y no me da vergüenza. Cuando el tren se metió en el túnel le pegué un puntazo a la bolsa con la cola de la cuchara, agarré un pan y me fui para otro vagón. Con ese pan estuve tres días y tres noches. Parecía un cadáver”.

El tren lo dejó a 28 kilómetros del pueblo. Pasó la noche caminando, y a la mañana, en la central termoelectrónica, encontró al padre en su puesto. Se abrazaron llorando de alegría y él



siguió camino a su casa, al reencontro con su madre, que fue todavía más emotivo.

“Uf. No quiero ni pensar.

Mi mamá sufrió mucho”. Otro de sus hijos había vuelto vencido de la misma guerra, y luego murió en su casa, con 25 años, por efecto de una infección silenciosa. Fue cuando a Juan la Patria volvió a reclamarlo, a los 3 o 4 meses de haber cumplido su servicio a favor de la vencida República.

“¡Calle coño!”, le dice a Colita, que ladra otra vez de improviso.

“Juan Rodríguez Orellana se llamaba el comandante mayor. Murió con 105 años. Era Andaluz. Bien Andaluz. Son ocho provincias las de Andalucía: Málaga, Almería, Jael, Córdoba, Sevilla, Huelva y Cali. Somos medio moros los andaluces. Risueños. De hacer chistes y todo eso. Nunca hemos tenido problemas. Somos andaluces pero primero españoles”.

En su pueblo estuvo empleado “en un trabajo de pico y pala”, en la construcción de una “carretera”. Pero al cabo de 3 o 4 meses llegó esa carta y debió partir a Almería. “Primero juré la bandera roja, amarilla y morada, con la República. Era muy bonita. Y después la roja, amarilla y roja. Con Franco”. Y lo despacharon a África, a Marruecos. Afectado a la “novena agrupación de intendencia”, que “era el cuerpo de los niños de bien. Se ocupaba del almacenaje y la logística de los víveres. Yo no era amigo de un cura ni de un obispo ni de un teniente. No sé cómo fue pero me destinaron a ese cuartel de Ceuta, un cuartel de acomodados, frente a Gibraltar. Suministraba todo a los demás cuerpos que había en Marruecos”.

Tampoco quiso emplearse de peluquero en esos cuarteles VIP, pero era tan simpático el rojillo, que un cabo primero, que le “había tomado cariño”, le propuso ser mozo en el comedor. Saco blanco, camisa blanca y moño negro. Servía a los jefes y se hacía unas pesetas extras cortando el cabello. Pero el cabo Barceló pronto le consiguió un nuevo ascenso. Como mozo lo reemplazó el matarife, responsable de dar la estocada final a vacas y cerdos en el criadero del cuartel, y él pasó a ser cocinero mayor, respaldado en otros dos compañeros que sabían de cocina mucho más que él, que era peluquero. “No tuve amigos como esos. Cobraba el doble y aprendí mucho”.

En esa cocina de cuartel pasó casi cuatro años y conoció los secretos de todos los tipos de paellas que se cocinan en España. O de la mayoría. Años más tarde, ese saber le daría buena fama en todo Comodoro Rivadavia y sus alrededores. Acá Juan cocinó para personal

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

del Ejército, la Fuerza Aérea e YPF. Para la Casa de Andalucía y los sindicatos. Para compañías petroleras, cocineras aprendices y magnates antojados.

“Está lloviendo –dice de pronto—. Con razón vi que pasaba un barco”.

Lola

■ Ya es verano. Maduran los tomates. Colita sigue haciéndolo rabiarse con sus ladridos de pájaro. Las flores saludan al sol en el jardín de Rada Tilly. Juan está animado y deja atrás las historias de la guerra. Cuenta que cuarenta y ocho meses estuvo en Marruecos hasta que volvió a su pueblo. Tenía ya 24 años. Trabajó en la central eléctrica un tiempo hasta que se peleó con el padre y se decidió a cruzar toda España para ser libre, hasta de su familia.

“Yo era bastante noviero. Tenía una novia y él quería que me separara. Una tarde venía de buscar agua de la fuente y él estaba tomando el fresco. ‘A ver cuando dejas esa chica’. ‘A mi no me manda nadie. Ya bastante me han mandado’. Y me fui a sacar los pasajes”.

En Barcelona vivía una tía y sus abuelos maternos. El padrastro de su madre había trabajado en Comodoro Rivadavia. Los viejos le mostraban fotos de este pueblo, la administración de YPF, la árida meseta alrededor. Se instaló en la casa de su tía, hermanastra de su madre y trabajó de albañil y en distintas peluquerías haciendo ayudantías los sábados medio día.

En Barcelona también vivía Dolores, en casa del hermano. El hermano de su cuñada, Esteban, era amigo de Juan. De allá, de Vera. Por ese lado vino el encuentro. Todavía la familia de Lola vivía en Adamús, en la provincia de Córdoba. Cuando se encontraron por primera vez ella tenía 18, él tenía 26. Fue una Nochebuena, en casa de amigos. Una casualidad, si es que existe tal cosa.

Juan, simpático rojillo, ya maduro seductor, estaba flirteando con una de las chicas de la casa. La Nochebuena burbujeaba alegremente en su espíritu festivo y entre risas, todos en la casa eran cómplices del inminente romance. Pero Lola llegó de pronto y lo deslumbró.

A ella también el colorado le causó una gran impresión, pero negativa. “Estaba borracho”, como todos en la casa. Juan todavía tenía pelo pero ella lo vio viejo y verde. “‘Ay que linda’. Que no se cuanto. Que ‘me voy a casar con ella’”, le decía Juanico. “¡Bah! Qué hombre tan atrevido”, comentaba ella y nada quiso saber del colorado. “Ella era muy, muy bonita y además muy simpática”, recuerda el esposo, y vuelve a bajar su voz, al tono de la confidencia:

“a mi me echaron de mi casa... por otra mujer. Porque yo quería a una, que en Vera, nadie la quería”.

-Pero eso fue mucho antes. Ya basta. ¡Que me voy a poner celosa!—interviene Dolores, que vuelve a la mesa ratona del living con un plato de sandwichitos.

-Uf... Ya me enfermó mi mujer...

-Pero si ya estás enredando todo y no cuentas que casi te envenenan, porque esa vieja había hecho desaparecer a otros maridos de sus hijas...

Lola barre la anécdota bajo la mesa ratona y la historia sigue en la mesa grande del living. Juan se hamaca en su sillón contando “uno... dos ... tres” y se levanta. Es muy gracioso. Ella destapa la botella y sirve cerveza en tres vasos altos. Una noche tibia cae sobre Rada Tilly. Se encienden estrellas y grillos. Cuentan que en Barcelona Juan hizo los esfuerzos suficientes para limpiar su imagen y ganar la atención y la simpatía de la pequeña Lola hasta que se pusieron de novios y vivieron un “respetuoso” romance de 3 años. El viviendo en casa de la tía. Ella en lo del hermano, también con su mamá.

-Yo me eché a Lola de novia y juro por mi madre que nunca más tuve otra novia. Y la sigo queriendo. Pero no sé si ella me quiere a mi.

-La verdad que estoy pensando en pedirte el divorcio viejo.

Casa

■ “Yo traía una sola valija y medio vacía. El que te revisa en el puerto me preguntó: ‘¿qué trae ahí?’. ‘Hambre’, le digo, y me escuchó una vieja española: ‘eso no se dice’. ‘Usted no lo dice porque le sobra señora. Yo vengo acá porque tengo hambre’”.

Juan llegó a la Argentina en el Conte Grande el 7 de marzo de 1950, atraído por una “carta de llamada” de Andrés García, un sobrino de su padre que vivía en Comodoro Rivadavia. Era su único contacto de este lado del Atlántico. Él lo llamaba tío. Hizo unos pesos en el barco cortando el pelo. Era el único dinero que traía.

Llegó a Buenos Aires al mediodía y recién a la noche marchó al hotel a encontrarse con Andrés, la tía Rosario y su hija. “La gran puta, ¿dónde estabas?”. Le reclamó el tío, preocupado por su tardanza. Juan se echó a llorar y en el abrazo de su tío encontró consuelo y entendió que la “puta”, en Argentina, es más un modismo que un insulto. Cenaron en paz y por primera vez en su vida Juan comió ravioles. Nueve días pasearon en Capital. “Mándeme para Comodoro

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

por favor -le pedía al tío—. Que tengo que trabajar para pagarle”. Y el tío se enojaba. Nunca le aceptó un peso. Ambas familias vivirían una larga amistad, de muchos domingos compartidos en Comodoro. “Que hombre bueno carajo”, recuerda Juan. “Para nosotros fueron nuestros padres”, dice Lola.

Juan dejó Buenos Aires rechazando ofertas de trabajo y amistad de migrantes que le tendieron manos al pasar. Un taxista gallego le fío el primer viaje al hotel, un italiano le ofreció un puesto bien pago en su peluquería de Congreso, del zapatero tucumano que fue su compañero de habitación guarda una imagen entrañable: el también estaba en Buenos Aires, trabajando para poder ayudar a sus padres en el pago.

Hasta San Antonio viajaron Juan y la familia de su tío en tren. A él lo vacunaron en la estación rionegrina sin jeringa. “Con una cuchillita te hacían cortesitos y ahí te ponían el líquido. La enfermera era una bruta. El tío la puteó”.

Abordaron en San Antonio un colectivo de Transportes Patagónicos. “Mi tío se reventó el dedo con el asiento. ¡Qué caminos había! La ruta 3 era un desastre. Vinimos a los saltos. Yo decía ‘¿qué hago acá?!’. La calle de entrada a Comodoro era angostita y estaba todo embarrado”.

Puede estimarse que fue la noche del sábado 18 marzo de 1950 que Juan pisó por primera vez Comodoro. “Traía unas chanclas, unos mocasines que se me quedaron en el barro apenas nos bajamos. No había asfalto en ningún lado y unos pobres farolillos en la calle San Martín. En la 9 de Julio, en la usina vieja: ahí paraban los transportes. Alsina era una zanja. Estaba el Hotel España y ahí me quedé esa noche. Había un gaucho en la habitación. ‘Buenas don’ me dijo. Y después lo veo que saca el revólver y lo pone en la mesita de luz, y un cuchillo. ‘Hasta mañana don’ me saluda. Estuve la mitad de la noche como el tuerto: un ojo cerrado y otro abierto. Y se fue sin hacer ruido. Cuando abrí la ventana y vi para el cerro Chenque, digo ‘¿dónde has venido Juanico?’”.

Al día siguiente su prima le mostró un recorte del diario Rivadavia: “se necesita oficial peluquero en kilómetro 8, con el 70% del sueldo y derecho a pieza”.

“Así llegué al 8. Estuve cuatro años ahí. En una piecita por ahí por la cancha. Estuve encargado de mantener la cancha de Comferpet. Era el que marcaba las líneas. ¿Pero sabes lo que es el 8 para uno que viene de Barcelona: una ciudad de 4 millones de habitantes? Estaba la refinería. Estaban haciendo la planta de cinc. La planta de cemento. Estaba lleno de pozos de petróleo. Voy allá y el peluquero cuando me ve entrar me dice: ‘¿Usted es peluquero?’. ‘Sí, vine

El acento, el temperamento y los modos de la relación de estos abuelos españoles son divertidos para acompañar con café esta mañana de invierno soleada sobre Rada Tilly. Hijos y nietos de Juan y Lola los trajeron para que estén más cómodos acá en la villa, más cerca, en una casa bien equipada, sólo para ellos.

por el aviso del diario'. '¿Cuándo empieza a trabajar?'. '¿Puede ser mañana?'. Mi tío me compró la cama y nos fuimos a la pieza de soltero. Al otro día, que era lunes, a las 2 de la tarde ya estaba trabajando, y el primer cliente que tuve lo tuve para siempre: Edmundo Cavaco. Le corté el cabello, lo afeité y me dijo: Esta cabeza no la va a tocar nadie más que usted.

Desde Rada Tilly viajaba hasta Palazzo para cortarse en mi peluquería”.

Estando ya en Comodoro Juan se puso a pelear con el suegro por la mano de Dolores. Que sí, que no. Carta va, carta viene. Una semana una pregunta, a la otra semana la respuesta, y así hasta que todos hicieron la paz, los novios impusieron su amor y se casaron por poderes. El acá, ella en Barcelona, el 1ro de octubre de 1950.

Esto del casamiento y de pedir la mano trae un recuerdo llamativo a la memoria de los novios, que cuentan que el papá de Juan y la mamá de Lola tenían un mismo rasgo distintivo común: 6 dedos en una mano.

Pero ni un dedo de más le había puesto Juan encima a Lola todavía, cuando ella desembarcó el 30 de abril de 1951 en Buenos Aires siendo su esposa. El la estaba esperando.

-Habíamos estado de novios, pero tú sabes: ¡no se toca nada!

-¿Pero qué hablas Lola? ¿Yo te ofendí?

-Pero no. Por eso digo...

-Ya estoy pensando que me voy a divorciar.

Después de una semana de luna de miel en Buenos Aires la pareja llegó a vivir al monoambiente que Juan había alquilado en Chacabuco, entre Ameghino y Rawson. Dolores recuerda el mantel y los lazos de la mesa. Y en el centro, esa “torta de novia tan linda” que le habían cocinado las primas.

Juan viajaba todos los días al 8. Después trabajó durante 23 años en la peluquería de “La Mona”, un multirubro con vidriera a la ruta en kilómetro 5 y ellos vivieron en una piecita del fondo. Finalmente inauguraron su propio negocio en Palazzo. Juan lo construyó con Lola y amigos, balde a balde, palada a palada, sobre ese pedazo de tierra que Argentina promete a los hombres de buena voluntad. “Empezamos como se hace ahora: nos metimos nomás”. En el 66 ya habían instalado una prefabricada. El salón de 8 por 6, con baño para la peluquería, lo inauguraron en el setenta y pico. Tuvieron en su casa, en Palazzo, una vida social intensa. Siempre con invitados, amigos y familiares en torno a la mesa.

LOS ANDALUCES / JUAN ANTONIO SANCHEZ LOPEZ

En el 52 nació Pedro, el hijo mayor, y Antonio en el 55. Hoy tienen ocho nietos y 4 bisnietos. Desde 2010 que están en Rada Tilly. Gabriel, el mayor de los nietos, vive en la casa de al lado. Están mejor en la Villa. Cuidados, rodeados del amor de los suyos. El 1ro de octubre de 2011 cumplieron 62 años de casados.

-Y nunca nos echamos.

-Jamás le falté el respeto. Ni ella a mí. Espera... Hay un dicho, sobre el casamiento... "tu sabes lo que es casarse, lo que esa palabra encierra: vivir en continua guerra, los cabellos arrancarse. Pues casarse amigo mío, es como tirarse a un río... con propósitos de ahogarse".

-¡Venga Juan!—lo reprende Lola.

-Pero si estos versos son más viejos que un diablo—dice Juancito y la picardía de aquel rojillo vuelve a iluminar sus ojos ■